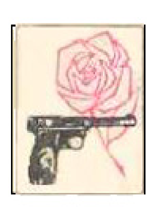




Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

La marcha negra

Brigitte y Frankie se infiltran en la marcha negra, promovida por los ciudadanos negros de Maokambo como protesta a la falta de agua en el reparto de territorios que se hizo con el país vecino Sabaa.



Lou Carrigan

La marcha negra

Brigitte en acción - 255

Archivo Secreto - 204

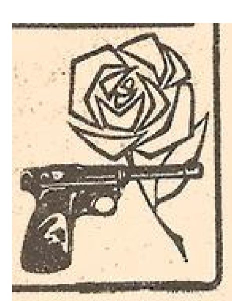
ePub r1.0

Titivillus 13-11-2017

Lou Carrigan, 1978
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Miky Grogan, director del matutino neoyorquino Morning News, terminó de leer el artículo que le había presentado Frank Minello para su aprobación, y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Frankie.

—De acuerdo, ¿en qué? —Frunció el ceño Minello.

—Es un buen artículo, naturalmente. Eres un pelma y un buscabullas, pero cuando te pones a escribir artículos deportivos, te conviertes en una persona inteligente. Tus consideraciones sobre la psicosis de victoria en los deportistas me parecen excelentes. Yo también creo que deberían pensar más en el deporte en sí, que en las victorias del deporte.

—O sea —adelantó su ya agresiva barbilla, Minello—, que le gusta mi artículo.

—Ya te lo he dicho. Es magnífico.

Minello puso cara de estar preocupado.

—¿Se encuentra usted bien, jefe? —se interesó.

—¡Claro!

—Y encontrándose bien y en su cabal juicio…, ¿elogia algo escrito por mí?

—¡Oye, estoy muy ocupado! —masculló Grogan—, así que no me hagas perder el tiempo con tonterías. Elogio tu artículo porque es bueno…, como corresponde a mi jefe de la Sección Deportiva, ni más ni menos. Si con cierta frecuencia no tuvieses estas buenas ideas, no serías jefe de esa sección. Y la conversación ha, terminado. Ve a entregar a máquinas tu…

La puerta del despacho se abrió, de pronto, y Grogan dirigió su furibunda mirada hacia allá, dispuesto a lanzar una de sus andanadas de gruñidos al insolente que se atrevía a entrar sin haber sido llamado, ni hacerse anunciar, ni… Pero la furibunda mirada se desvaneció en el acto, y una expresión cariñosa dulcificó el enérgico

rostro de Miky Grogan.

—¡Ah, Brigitte, querida!; ¿qué tal? —saludó.

Frank Minello fue mucho más expresivo ante la aparición de la jefe de la. Sección Internacional del Morning News. Saltó del sillón, quedando de rodillas sobre la alfombra, y abrió los brazos en cruz y puso los ojos en blanco.

—¡Salve, Reina del Universo! ¡Tus vasallos cósmicos te dan la bienvenida más…!

—¡Hola, Frankie! —saludó, muy seriamente, Brigitte Montfort, sin mirarlo; se acercó a la mesa de Grogan, apoyó las manos en el borde, y miró con visible irritación a su jefe periodístico—. Miky: estamos haciendo el ridículo.

—¿Quién está haciendo el ridículo? —exclamó Minello, todavía de rodillas—. ¡Nadie hace el ridículo por postrarse de rodillas ante la celestial belleza de…!

—Frankie, ¿te quieres callar? —Lo miró un instante Brigitte, regresando en seguida su mirada a Grogan—. Como lo ha oído: ¡estamos naciendo el ridículo!

—¿Quiénes? —inquirió Grogan, desconcertado.

—Usted, Frankie, yo… ¡Todo el Morning News!

—¿Por qué? —Palideció Miky Grogan.

—¡Viva el Ángel Mundial de la Guarda! —vociferó Minello—. ¡Viva la criatura más dulce del universo! ¡Viva yo…! ¡Viva…!

—Frankie —lo miró de nuevo Brigitte—: si no te callas, me veré obligada a rogarte que abandones este despacho. Y si no te quieres marchar tú, me iré yo. ¿Está claro? ¡Y haz el favor de sentarte adecuadamente!

Minello se incorporó, se sentó de nuevo en el sillón, y apretó los labios. Si el premio a su silencio consistía en seguir contemplando a Brigitte Montfort, no le habría importado ser mudo. Lo que no habría soportado era ser ciego, no poder ver a Brigitte, la más hermosa criatura del mundo, la más elegante, la más inteligente, la más buena, la del cuerpo fascinante, la de los ojos azules más bellos y grandes del mundo, la de la boquita sonrosada, la de los largos cabellos negros ondulados con la suavidad de los de los ángeles… Así pensaba de Brigitte el buen Minello cuando ella, convencida ya de que podía contar con su silenció, volvió a mirar a Grogan.

—Sí, señor, el ridículo. ¿Por qué? Pues porque estamos

conformándonos con publicar en el Morning News noticias de agencia respecto a La Marcha Negra.

—Bueno —parpadeó Grogan—, no veo el ridículo por ninguna parte, Brigitte. Son muchos los periódicos que…

—Nosotros no somos «muchísimos periódicos» —cortó Brigitte—. Nosotros somos el Morning News.

—¡Bien! —Aplaudió Minello—. ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Viva el Morn…! ¡Ya me callo, ya me callo!

Tras su fulminante mirada a Minello, Brigitte tomó un cigarrillo de sobre la mesa de Grogan, lo encendió, y se sentó en el otro sillón, frente a la mesa, de Grogan, que tenía fruncido el ceño.

—¿Qué está tratando de decirme? —masculló, por fin.

—Vamos a analizar brevemente la situación —murmuró Brigitte, mirando el humo que expelía poniendo la boquita en forma de beso—. Hace algo menos de un año, Francia concedió la independencia a su última colonia en África Occidental. De esa colonia, surgieron dos nuevos países en el llamado Tercer Mundo. Estos países fueron: Maokambo al Norte, y Sabaa al Sur. Hasta hace poco, parecía que la cosa iba bien, que había sido bien resuelta. Pero, desde hace una semana, todo se ha complicado. ¿Cierto?

—Sí, claro. Nosotros…

—Espere. Al principio, tanto los de Maokambo como los de Sabaa estaban conformes y tranquilos. De pronto, los de Maokambo dicen que el reparto del territorio colonial no fue justo, porque el río Nimaro quedó dentro de Sabaa, a una distancia de veinte kilómetros de la frontera que se estableció entre Sabaa y Maokambo. Consecuencia de esto, es que mientras en Sabaa se obtienen todos los beneficios del río Nimaro, en Maokambo hay una escasez de agua terrible. Sí, sí, llueve mucho por allí en la época estival, pero las montañas parecen estar a favor de Sabaa, pues todos los ríos que nacen en ellas, así como las lluvias que se unen a su caudales, van a parar a Sabaa. O sea, que llueve en Maokambo y quien se beneficia es Sabaa. No hay todavía presas para las lluvias en las llanuras, ni nada que ayude a Maokambo a retener esas aguas. Así pues, sus necesidades son angustiosas. ¿De acuerdo?

—Sí, sí.

—Bien. Considerando que el reparto de la colonia fue un tanto descuidado, los de Maokambo dicen, ahora, que se debería estudiar

una nueva frontera. Esa frontera debería ser el río Nimaro, precisamente; así, tanto Maokambo con Sabaa se beneficiarían de las aguas de este río. Es una petición razonable. Sería fácil, entonces, para los de Maokambo, abrir canales que partiendo de la margen derecha del Nimaro regase sus tierras y abasteciese de agua sus pueblos y ciudades. Pero los de Sabaa se han negado… Han dicho que la frontera ya fue fijada, y no piensan regalar a Maokambo una franja de veinte kilómetros de ancho y más de ciento cincuenta de largo. Es decir, que Sabaa está condenando a Maokambo a pasar sed para siempre. A mí, eso no me parece justo. Y a los de Maokambo tampoco, evidentemente. Por lo tanto, han organizado La Marcha Negra: doscientas cincuenta mil personas de Maokambo están marchando, en estos momentos, hacia el sur del país, para reunirse en Neka, ciudad situada a dos kilómetros de la frontera con Sabaa. Una vez reunidas estas doscientas cincuenta mil personas en Neka, invadirán pacíficamente esa franja de terreno de veinte kilómetros de ancho y ciento cincuenta de largo, y se instalarán allí, alegando que todo lo que desean es agua. Por su parte, el Gobierno de Sabaa ha dicho bien claramente que si esas doscientas cincuenta mil personas cruzan la frontera, considerará el acto como una provocación, incluso como una invasión formal, y que los maokambos deberán atenerse, por lo tanto, a las consecuencias. ¿Cuáles pueden ser esas consecuencias, Miky?

—Bueno, no sé… Supongo que habrán algunas escaramuzas.

—¿Escaramuzas? ¡Eso puede terminar en una guerra entre Maokambo y Sabaa! Ninguno de ellos pertenece, todavía, a las Naciones Unidas, y las gestiones que están realizando éstas son oficiosas, no tienen una fuerza decisoria. Bajo mi punto de vista…

—¿Como periodista o como espía? —saltó Minello. Brigitte se quedó mirándole. Brigitte Baby Montfort, la espía más peligrosa del mundo, afecta teóricamente a las órdenes de la CIA. Teóricamente, porque, en realidad, desde siempre, la agente Baby más bien se había servido de la CIA, que ésta de Baby. A menos, que, como sucedía en algunas ocasiones, la CIA tuviese la razón.

—Buena pregunta, Frankie —aprobó Brigitte—. Por el momento, estoy hablando como jefe de la Sección Internacional del Morning News, o sea, como periodista experta en cuestiones políticas. Y es por eso que digo que el Morning News está haciendo el ridículo.

—La agencia de prensa que nos sirve… —empezó Grogan.

—No. Un periódico de la categoría del nuestro no puede conformarse con eso, Miky; debemos tener, allá, un corresponsal adecuado, en directo.

—No sé… Bien, usted es el jefe de esa sección, ¿no? Conoce bien a nuestro personal especializado. ¿Cuál recomienda?

Brigitte Montfort sonrió.

—Recomiendo a Brigitte Montfort —dijo.

—¿Quiere usted ir allá? —exclamó Miky—. ¿Por qué?

—Esto va a contestar un poco a la pregunta de Frankie… Quiero ir allá porque si las cosas se pusieran decididamente mal, quizá la agente Baby podría hacer algo por evitar una catástrofe.

Grogan se quedó mirándola fijamente. Por fin, movió la cabeza como rechazando una idea.

—Está usted bromeando —musitó—. Mire, Brigitte, sé sobradamente que la agente Baby es capaz de solventar cualquier asunto de espionaje. No importa la cuestión que sea, usted puede poner las cosas en su lugar tratándose de, espías. Pero en esta ocasión, no se trata de unos cuantos agentes secretos, sino de la marcha de doscientas cincuenta mil personas de raza negra hacia el río Nimaro… ¿Realmente cree que usted puede detener el avance de doscientas cincuenta mil personas?

—Ante todo, quiero conocer a esas personas… Quiero saber qué clase de gente son, cómo están viviendo durante la marcha, qué comen, cómo duermen, aman o mueren, cómo son tratados, qué hablan entre ellos, qué piensan… Éste será el reportaje periodístico, y le aseguro que el Morning News quedará satisfecho de mi labor.

—No tengo la menor duda sobre eso —asintió Grogan—. Pero para conseguir esa clase de reportaje, usted tendría que convivir con esas doscientas cincuenta mil personas de raza negra. De raza negra, no lo olvide.

—¿Tiene usted algo contra los negros? —Frunció el ceño Brigitte.

—¿Yo? Claro que no. La pregunta es: ¿admitirán esas doscientas cincuenta mil personas negras a una mujer blanca que quiera «convivir» con ellas? Y no sólo se trata de los componentes de la marcha. Están las autoridades… No se lo permitirían a usted.

—Yo no necesito permiso de nadie para hacer lo que quiero —

sonrió Brigitte—. Por otra parte, usted está olvidando que dispongo del «Blackcolor», Miky.

—¡Es verdad! —exclamó Minello—. ¡Es ese líquido inyectable que fabricó McGee, el jefe de armamentos especiales de la CIA! Con una dosis de ése líquido, Brigitte puede dar a su piel una pigmentación negra… ¡Lo ha usado otras veces!

—Es una barbaridad —murmuró Grogan—. ¡Una barbaridad!

—Barbaridad o no —dijo Brigitte—, hay dos cosas que quiero dejar bien claras. Una: no puedo consentir que el periódico en el que «yo» trabajo, esté publicando noticias de agencia. Dos: si las cosas comenzasen a ponerse realmente mal, quizá la agente Baby podría hacer algo por evitar la catástrofe.

—Ambas cosas me parecen elogiables, Brigitte, pero insisto en que ni usted, ni nadie, podría manejar a doscientas cincuenta mil personas.

—¿Qué se apuesta? —sonrió la espía más astuta del mundo.

—¿Está sugiriendo que usted sola podría controlar… a su gusto… La Marcha Negra? —farfulló Grogan.

—¿Qué se apuesta? —repitió Brigitte.

—Jo, ji —se frotó las manos Minello—. ¡Apueste, apueste, hombre…! ¡Ji, jo, ji! ¡Lo que me voy a reír!

—Un momento —refunfuñó Grogan—. Yo no apuesto en contra de que Brigitte consiga el mejor reportaje periodístico sobre La Marcha Negra, ¿está claro? Eso sé que puede conseguirlo mejor que nadie. Si apuesto, será en contra de su afirmación de que ella puede controlar a doscientas cincuenta mil personas si las cosas se pusieran al rojo vivo. ¿Queda esto claro? Si no pasa nada grave, publicamos el reportaje y en paz.

—¿Y si pasa algo grave…, o está a punto de ocurrir, y Brigitte controla La Marcha Negra? ¿Qué se apuesta, entonces?

—No sé… Me parece tonto apostar dinero entre nosotros, ya que no carecemos de él ninguno. No sé…

—Yo sí sé; si algo está a punto de pasar y yo lo evito controlando La Marcha Negra, y le envío, en exclusiva, el más completo reportaje sobre lo que pudo suceder, usted nos concede a Frankie y a mí una semana de vacaciones pagadas, donde nosotros queramos.

—De acuerdo —dijo en el acto Grogan, relucientes los ojos.

—¡Yupiiii…! —saltó Minello—. ¡Ya me veo en… en…, no sé dónde, pero me veo allí!

—No seas ave de mal agüero, Frankie —reprochó Brigitte—. Si ganásemos esas vacaciones, significaría que algo habría ocurrido con La Marcha Negra. Y siempre es mejor que no pase nada. Bien… Necesitaré un fotógrafo, Miky. El mejor, naturalmente.

—De acuerdo. Lléveselo.

—Pe… pero… el… el mejor soy yo —tartamudeó Minello—. En el último concurso que hicimos en el Morning, yo… yo quedé vencedor con mis…, con mis… ¡Maldita sea! ¡Me pregunto cómo vas a darme esquinazo esta vez! ¡Siempre me dejas tirado como si fuese una colilla! ¡Y yo quiero ir contigo! ¡Lo merezco, soy el mejor, soy el tío más grande del mundo tomando toda clase de fotografías, soy genial, soy formidable y eficaz! ¡Y tengo derecho a ese trabajo!

—De acuerdo, Frankie —dijo Brigitte.

—¡No estoy conforme! ¡Tengo derecho a…! ¿Qué?

—He dicho «de acuerdo». Desde el primer momento te elegí a ti.

—¿Quieres decir que voy contigo a África?

—Claro.

—¡Ay! —gimió Minello, llevándose las manos al corazón y poniendo gesto de insufrible dolor—. ¡Ay, mi corazón…! ¡Ay, que me da el síncope…! ¡Ay, que me muero, madre mía! ¡Ay! ¡AAAYYYY…! ¡Ya estoy muerto!

Se derrumbó sobre el sillón, como si efectivamente estuviese muerto, muy abiertos los ojos, fijos en el techo.

—Usted debe haber perdido el juicio —sentenció Grogan—. ¿Cómo se le ocurre llevarse a este cretino?

—¡Usted se calla! —Resucitó Minello—. ¡USTED SE CALLA!

—Haya paz —sonrió Brigitte—. Date prisa, Frankie: nuestro avión sale dentro de un par de horas.

—¿Qué… qué avión?

—El que nos llevará a Dakar, y de allí a Oka, la capital dé Maokambo, donde tenemos reservadas, desde hace dos días, un par de hermosas habitaciones en el Kambo-Kambo Hotel, el mejor del país.

—¿Dos habitaciones? —se desilusionó Minello.

—Comunicadas —rió Brigitte.

—Mi equipaje —se puso en pie de un salto Minello, como

alucinado—. ¡Mi equipaje! ¿Dónde está mi maldito equipaje…?

Capítulo II

En el Aeroport Oka-Maokambo, Frank Minello se hizo cargo del equipaje de Brigitte y del suyo propio, después de que ambos fueron revisados muy meticulosamente por los empleados de aduanas…, los cuales no concedieron, en cambio, ninguna importancia al maletín rojo con florecillas azules que portaba la señorita Montfort conteniendo sus objetos de aseo y embellecimiento personal. Ni se les ocurrió que un maletín tan gracioso y coquetón pudiese tener un doble fondo muy reducido, pero capaz de contener trucos que habrían puesto de punta los rizados cabellos de los inspectores de aduana y de policía.

En cuanto a los pasaportes, estaban en regla, naturalmente, y, en definitiva, dos periodistas recién llegados al país era lo más natural en las circunstancias del momento. Con anterioridad, habían llegado muchos más, tanto de América como de Europa y Asia, y, por supuesto, de todo el continente africano.

Así pues, dos días más tarde de la entrevista en el despacho del director del Morning News, dos empleados de este periódico, la señorita Montfort y el señor Minello, hacían su llegada oficial a Maokambo, y Minello tomó las primeras fotografías.

Efectuaron el recorrido desde Oka-Maokambo a la capital, Oka, en un vetusto automóvil que el conductor negro aseguró que era un taxi. En el Kambo-Kambo Hotel, efectivamente, la señorita Montfort y el señor Minello tenían reservadas dos habitaciones, pese a la dificultad que todo el mundo tenía, en encontrar alojamiento. Todo el hotel estaba lleno, especialmente de periodistas. Periodistas americanos, franceses, alemanes, rusos, japoneses, españoles, italianos, sudafricanos, egipcios, suecos, ingleses… Los idiomas básicos para entenderse unos con otros eran el inglés y, sobre todo, el francés, que la mayoría de los habitantes de Maokambo hablaban en una jerga bastante comprensible.

El clima en la capital era de excitación y preocupación. Los maokambos, alentados por su presidente, el famoso general Nadiro Ma, estaban dispuestos a cruzar la frontera. Los sabaanos, por su parte, estaban reforzando la guarnición militar fronteriza a una distancia intermedia entre la frontera y el río Nimaro, al que, según informaciones oficiales procedentes de Sabaa, los maokanos no llegarían jamás.

Mientras tanto, La Marcha Negra seguía lanzando hacia el sur del país, hacia la frontera, enormes contingentes de personas que se iban agrupando en diferentes sitios, dispuestos a llegar a Neka, para preparar, ya en masa los doscientos cincuenta mil, el paso de la frontera.

Había tantos periodistas en el lujoso hotel Kambo-Kambo, que dos más no importaban, y seguramente no habrían llamado en absoluto la atención si uno de ellos no hubiese sido una mujer tan espléndida y elegante belleza que el silencio se hizo en el vestíbulo cuando ella apareció, seguida de un hombre blanco y dos botones negros del hotel que portaban los equipajes de ambos.

—¡Ya les has dejado atontados! —masculló Minello—. Pero no puedo censurárselo: hace dos días que estoy superatontado, después de estar tanto tiempo contigo.

—Pues procura sacudirte la tontería, porque vamos a tener que estar muy atentos a todo, Frankie.

—Bueno: ¡Zambomba!, ¿cómo pudiste conseguir habitaciones en este hotel con sólo dos días de tiempo y en estas circunstancias?

—Te voy a pedir un favor, Frankie: no te asombres por nada de lo que yo consiga, mientras estemos en Maokambo. ¿De acuerdo?

—Está bien.

—Vale. Luego subes a la terraza-helipuerto, y le echas un vistazo al helicóptero, por si necesitas alguna aclaración sobre los mandos.

—¿También tenemos un helicóptero? —Se pasmó Minello.

—Frankie, Frankie…

—Está bien, de acuerdo: nada de sorprenderme. Tenemos un helicóptero. Luego subiré a echarle un vistazo. Okay… ¿A que les rompo la cara a ésos? ¡Ya acuden como moscas a la miel!

En efecto, un grupo de hombres se acercaba a recepción, sobre cuyo mostrador, Brigitte y Frank dejaron sus respectivos pasaportes. En realidad la culpa del acercamiento la tenía Frank Minello, no,

Brigitte. La presencia de ésta sola habría despertado la misma admiración, pero los periodistas habrían contenido sus deseos de acercamiento. En cambio; viendo a Minello con su magnífica cámara fotográfica, tenían que comprender que formaban un dúo periodístico, no una pareja privada. Y entre colegas, la cordialidad debe ser siempre ejercitada.

—¡Hola! —saludó el primero en llegar—. Nicholson, inglés, del Times. ¿Americanos? ¿Qué tal?

—Muy cansados del viaje —mascullló Minello…

Nicholson sonrió. Naturalmente, si Frank Minello hubiese llegado solo no le habrían hecho el menor caso. Uno más. Pero sucedía que, aparte de la belleza cautivadora de su acompañante, algunos la habían reconocido en el acto: Brigitte Bierrenbach Montfort, Premio Pulitzer de periodismo, empleada, desde siempre, en exclusiva, por el Morning News de Nueva York. Todo un personaje, en la profesión.

Pese al auténtico cansancio de ambos, Brigitte aceptó las presentaciones, y hasta tomar un aperitivo con sus colegas, en el bar del hotel, mientras los botones subían sus equipajes a las habitaciones. Pero no el maletín, que Brigitte conservó en todo momento consigo.

Durante más de media hora hubo presentaciones, despedidas, intercambio de opiniones, informaciones, comentarios de toda clase de pareceres. La admirada Premio Pulitzer miraba de uno a otro amablemente, respondía a preguntas, hacía ella otras… Minello se ocupó en tomar algunas fotografías con su gran cámara formidable; no dejaba escapar nada.

—¿Considera necesarias esos fotografías, Minello? —preguntó un colega sudafricano.

—Brigitte y yo nos hemos propuesto realizar el mejor reportaje completo y exhaustivo sobre La Marcha Negra —replicó Frank Minello—. ¿Contesta eso a su pregunta?

Hubo alguna risita. Poco después, a una seña de Brigitte, Minello se esfumó del bar. Veinte minutos más tarde, se reunía con Brigitte en la habitación de ésta, entrando por la puerta que la comunicaba con la suya. Brigitte se había duchado, y llevaba puesto solamente un diminuto albornoz de color azul. Estaba fumando un cigarrillo, sentada cerca de una mesita donde se veía dispuesto un almuerzo

para dos.

—No voy a tener problemas con el helicóptero —dijo Minello.

—Bien. Ahora, almorzaremos. Luego dormiremos la siesta. ¿Tienes preparadas las cámaras pequeñas?

—¡Claro!

—Lleva todas las películas. Cuantas más fotografías tomemos, mejor. Y mucho cuidado al tomarlas, Frankie. Yo seré quien vigilará que nadie te esté observando, pero no será fácil, pues estaremos en todo momento rodeados de gente.

—Haré todo, lo posible por no defraudarte.

—De acuerdo. Vamos a comer y a dormir unas horas.

—¿Y luego?

—Iremos con el helicóptero a tomar fotografías de algunas columnas de La Marcha Negra.

—¿Así de fácil? Yo creo que no permitirán que un helicóptero particular sobrevuele a esos miles de personas. Con toda seguridad, nos saldrán al paso aviones o helicópteros de las Fuerzas Armadas de Maokambo.

—Solucionaremos eso.

—¿Cómo?

—Lo solucionaremos —sonrió Brigitte.

Hacia las seis de la tarde, Frank Minello abrió los ojos, sobresaltado, pero se tranquilizó en seguida al ver a Brigitte sentada en el borde de su cama. Tenía un sobre en una mano.

—Estoy en calzoncillos —dijo Frank.

—Yo no llevo mucha más ropa —casi rió Brigitte; mostró el sobre—. Nos ha llegado el permiso de circulación aérea por todo el territorio maokambo.

—¿Cómo que nos ha llegado? ¿Quién nos lo envía?

—El ministro de Negocios Exteriores de Maokambo.

—Ah. ¿Es amigo tuyo?

—En mi vida le he visto. También tenemos las llaves de un coche. Un «Ford» del sesenta y ocho, color granate, que está estacionado en el garaje del hotel. Si durante la marcha no pudiésemos evitar ser separados por la masa de voluntarios, arréglatelas para volver al hotel, tomas el coche, y regresas al encuentro de la columna, para recogerme. Así pues —abrió el sobre y sacó las llaves—, tú las llevarás. Y ahora, vístete: despegamos

dentro de diez minutos.

—¿No sería conveniente que tú llevases una de las cámaras pequeñas?

—Yo llevo mi propio equipo, no te preocupes por eso. Diez minutos, Frankie.

Nueve minutos y medio más tarde, el helicóptero despegaba de la terraza del Kambo-Kambo Hotel, con Minello a los mandos. La señorita Montfort llevaba su maletín rojo con florecillas azules. Ya en el aire, Frank se volvió hacia su desconcertante amiga:

—¿Norte, Sur, Este u Oeste? —preguntó.

—Nordeste —rió Brigitte.

Volaron solamente veinte minutos. Debajo de ellos se extendía el más áspero desierto que Frank Minello había visto en su vida, salpicado ocasionalmente por algún arbusto raquítico y formaciones rocosas. El sol africano todavía tenía mucha fuerza. El calor era terrible. Así pues, Minello no se sorprendió de que por aquella parte del país no hubiese ser humano alguno. Los componentes de los grupos que integrarían la marcha debían seguir caminos más razonables en su desplazamiento hacia Neka.

—Aterriza —dijo Brigitte.

—¿Ahora? —Respingó Minello—. ¿Aquí?

Brigitte señaló hacia una de las formaciones de rocas, de entre las cuales estaban brotando destellos cegadores. Sólo podía ser un espejo reflejando el sol. Minello no hizo comentario alguno, y, segundos después, aterrizaba lo más cerca posible de las rocas. Brigitte le hizo una seña, y ambos saltaron del aparato, tras cortar Minello el contacto. El silencio era ante todo sorprendente. La desolación, terrible.

—Me recuerda Nueva York en un lunes por la mañana —dijo Minello.

Brigitte le miró sorprendidísima, pero en seguida comprendió la broma, y sonrió. En ese momento, un hombre negro apareció entre las rocas, con un brazo en alto. Brigitte lo señaló, y fueron hacia allá. Minello abrió la boca, frunció el ceño, cerró la boca, y se limitó a escalar las rocas.

El negro era colosal, con más musculatura que Frank, lo cual no era nada corriente. Alto, fuerte, sólido, de hermosa cabeza y expresión inteligente, se cuadró ante Brigitte, llevándose la mano a

la sien en inconfundible saludo militar.

—Capitán Kinoro a sus órdenes, señorita Montfort —dijo, en perfecto inglés.

—Gracias, capitán. Él es Frank Minello, mi mejor amigo.

—¿Cómo está, señor? —le sonrió el negro; miró de nuevo a Brigitte—. Tenemos muy poco tiempo: la patrulla de reconocimiento aéreo tardará menos de veinte minutos en sobrevolar la zona.

—Entonces, vayamos al grano.

Kinoro entregó a Brigitte un envoltorio de ropa, que resultó contener unos andrajosos vestidos de mujer y ropa para hombre, muy parecida a la que ambos habían visto en los negros del país durante su recorrido desde el aeropuerto al hotel. Brigitte quedó en sujetadores y pantaloncitos, y Minello en calzoncillos, procediendo a la transformación, mientras Kinoro les enseñaba algunas frases en uno de los dialectos maokambos y les asignaba unos nombres. Brigitte sería Mabua Luna, y Minello sería Dito Naro, marido y mujer.

—Eso sí que me gusta —aprobó Minello, que estaba refunfuñando por la rapidez con que tenía que aprender las frases en maokambo.

La transformación terminó, Brigitte enfundó su maletín con la cubierta de raso negro, que ensució con tierra. Lo último que hizo fue recoger sus cabellos bajo un gran pañuelo con lunares de colores. Finalmente, Kinoro sacó un mapa de Maokambo, lo desplegó, y señaló un punto.

—Este sería el mejor lugar para la recogida —sugirió—. De todos modos, si usted prefiere otro…

—Si usted dice que es el mejor, está aceptado. Gracias por todo, capitán…, y hasta dentro de setenta y cinco horas.

Kinoro saludó militarmente de nuevo, hizo una inclinación de cabeza a Minello, y se dirigió hacia el helicóptero, con el que se alejó de allí a los pocos segundos. Brigitte sacó del maletín unas lentillas de contacto de color negro, y se las colocó ante las azules pupilas.

—Como tú tienes los ojos oscuros —dijo—, no necesitas este pequeño truco, Frankie. También tienes el cabello rizado, así que contigo va a ser más sencillo.

Segundos más tarde, cuando Minello vio la jeringuilla conteniendo el líquido invención de McGee, retrocedió instintivamente.

—¿No confías en mí? —rió Brigitte.

Minello adelantó el brazo, y cerró los ojos. Segundos después, el «Blackcolor» había sido inyectado en su cuerpo, vía intramuscular. Luego, Brigitte se inyectó a sí misma, guardó cuidadosamente la jeringuilla, y se dispuso a esperar que el líquido hiciese su efecto. Apenas tres minutos más tarde, para espanto de Minello, la piel de ambos había adquirido un tono negro. Con aquella piel, vestidos con andrajos, eran, simplemente, dos negros.

—¡Ay, mi madre! —gimió Frank—. ¡Ay, mi madre…!

—Los efectos de esta dosis duran veinticuatro horas. Si nos separásemos por cualquier circunstancia, recuérdalo, y obra en consecuencia.

—¿Seguro? ¿Seguro que, dentro de veinticuatro horas, volveré a ser blanco? No es por nada, ¿sabes?, sólo cuestión de costumbre.

—Te comprendo, Frankie. Pero no te preocupes. Bien, vamos ahora a integrarnos en la marcha…

—¿En qué marcha? ¡Aquí no hay nadie!

—Estamos a unas cinco millas de una columna. La alcanzaremos al anochecer, que es precisamente cuanto nos interesa.

—Bien, pero… ¿cómo vamos a alcanzarlos? El capitán Kinoro se ha llevado el helicóptero.

—¿Tú sabes lo que es un animal bípedo?

—¿Un bípedo…? Sí, claro: es un animal que tiene dos pies.

—Exacto. Tú y yo somos bípedos. Así que vamos a utilizar los pies, o sea, nuestro sistema natural de locomoción.

—¿Quieres decir que tenemos que caminar?

—A menos que sepas volar —rió Brigitte.

Salieron de entre las rocas, refunfuñando Minello. Pero Brigitte no le hacía el menor caso, pues sabía, sin la menor duda, que su querido Frankie lo estaba pasando divinamente con ella, y que si le hubiese pedido que caminase sobre fuego, lo habría hecho sin vacilar.

—Si ya tienes la colaboración de la CIA —dijo, de pronto, Minello—, no entiendo para qué me necesitas a mí, Brigitte.

—La CIA no tiene nada que ver en esto.

—¿Kinoro no es de la CIA? ¿De verdad? Entonces, ¿quién es? ¿De dónde hemos sacado el helicóptero, el coche, el permiso para volar en el espacio aéreo de Maokambo…?

—Hablas demasiado: se te va a secar la boca.

—Cambiaremos de tema: ¿Qué opinas de este gracioso asuntillo llamado Año Internacional de la Mujer?

—Me parece muy bien —le miró aviesamente Brigitte—. Pero como no quiero que sea dicho que las mujeres somos egoístas, tengo ya preparada mi proposición para que el setenta y seis sea declarado el Año Internacional del Varón Masculino y Engreído.

—¡Zambomba…! Oye, estoy oyendo…

—Un avión —asintió ella—. Calla y sigue caminando.

Pocos segundos después, una escuadrilla compuesta por sólo tres pequeños cazas pasaba, con atronador zumbido, por encima de ellos, en dirección norte-sur. Minello se colocó la mano derecha extendida ante la nariz, tocando ésta con el pulgar, y agitó los demás dedos, obsequiando a los aviadores con un buen palmo de narices.

Luego, Mabua Luna y Dito Naro prosiguieron su marcha particular para integrarse en La Marcha Negra.

Poco después del anochecer, avistaron las luces del enorme campamento. Y a medida que se acercaban, comenzaron a oír el rumor de miles de personas, un poco más cerca, les llegó el olor, tan denso, que Minello se detuvo en seco.

—¡Dios…!

—Calla y sigue caminando, Frankie.

Cuanto más cerca, más penetrante era el olor a transpiración y a sucio. Olía a comida agria, también. Comenzaron a distinguir sonidos, destacando entre ellos un coro de lamentos que puso de punta los pelos a Minello. Lo primero que alcanzaron fue la enfermería, instalada en uno de los flancos de la marcha. La enfermería consistía en una extensión de terreno cubierta de seres tumbados en el suelo, atendidos por personal médico cuya base estaba en tres ambulancias, alrededor de las cuales se agrupaban los enfermos que podían sostenerse en pie, tendidos los brazos, profiriendo oleadas interminables de lamentos y peticiones, mientras unos cuantos soldados los mantenían a raya, impidiéndoles llegar a los vehículos.

Un soldado se acercó a Brigitte y Frank, gritándoles algo que no entendieron, pero que comprendieron perfectamente: si estaban bien, debían alejarse de allí. Los dos asintieron, mientras Minello, con la cámara cargada con película especial oculta en la mano derecha, comenzaba a tomar fotografías. Pasaron junto a una mujer tendida en el suelo; tenía el vientre hinchado, y gritaba como si estuviese enloqueciendo; junto a ella, un hombre gritaba aún más, llamando a los enfermeros. Tampoco necesitaban explicación en inglés para comprender esto: la mujer estaba dando a luz, allá, tendida en el suelo.

—Por el amor de Dios —musitó Minello—. ¿Qué hace, en la marcha, una mujer en estado?

—¡Cállate!

Casi se metieron de lleno en la zona de prostitución, donde la iluminación era prácticamente nula, hasta el extremo de que Minello estuvo a punto de pisotear a una pareja. Más allá, las luces de gas y de petróleo ponían ojos amarillos en la noche, poblada de un zumbido como de colmena. Minello se pasó una mano por la frente, retirándola húmeda. Si en lugar del «Blackcolor» hubiesen utilizado un tinte, él lo habría echado todo a perder.

Comenzaron a pisar latas vacías, botellas rotas, papeles, excrementos y orines. Un altavoz impartía órdenes que tampoco entendieron. Ahora oían motores de camiones. El griterío aumentó. En un instante, del suelo emergieron cientos, miles de personas, que corrían hacia los camiones, que aparecieron lanzando sus luces hacia aquella maloliente masa humana. Brigitte y Minello fueron zarandeados, pisoteados, empujados, golpeados, casi derribados, hasta que adoptaron ambos la misma táctica violenta, repeliendo todo acercamiento excesivo. No podían comunicarse, pues el ruido era espantoso, pero sabían lo que sucedía: estaban llegando más provisiones. Los altavoces ya no servían de nada. Se les oía, pero era poco probable que nadie entendiese la voz que brotaba de ellos. Es más, no se hacía el menor caso a las recomendaciones.

Agarrados fuertemente de la mano, Brigitte y Frank siguieron adelante. El impulso de ambos, lógicamente, debía ser el de huir, escapar de aquel pequeño mundo nauseabundo y horrible, pero Minello sabía que Brigitte no se marcharía hasta que hubiese conseguido saber su objetivo: ¿cómo vivían aquellas gentes, durante

la marcha? ¿Cómo dormían, cómo eran atendidos, qué comían, cómo eran tratados; qué clase de personas la integraban, realmente…?

Poco a poco, consiguieron llegar cerca de uno de los camiones, desde el cual, seis soldados lanzaban sin miramiento alguno grandes panes, latas de conservas y bananas hacia la muchedumbre, que se disputaban la comida de un modo poco menos que bestial. Prisioneros de aquel escalofriante círculo de seres humanos, Brigitte y Frank lo aceptaban todo, resignados. Minello conseguía, de vez en cuando, tomar alguna fotografía, aunque tenía el convencimiento de que era imposible que su trabajo resultase aprovechable. El hacinamiento era tal, que Brigitte ni siquiera pudo defenderse del abuso físico de que fue objeto: manos de hombre la palpaban por todas partes, desgarraban sus ropas, se introducían entre sus piernas o sus senos, y, por supuesto, no era casual, ni mucho menos.

Muy bien. Ella había querido estar allí, y allí estaba.

Cuando casi una hora más tarde, llevando por todo botín uno de aquellos panes y dos bananas, ambos se sentaron en el suelo, rodeados de gente por todas partes, Minello se dio cuenta del estado en que habían quedado las ropas de Brigitte, y su rostro se transformó en una mueca de rabia, mientras el sudor se deslizaba a chorros por todo su cuerpo.

—Tranquilo —le susurró Brigitte al oído—. Comamos y durmamos: mañana será otro día.

Capítulo III

Setenta y ocho horas más tarde, la señorita Montfort se hallaba de nuevo en su habitación del Kambo-Kambo-Hotel, en Oka, la capital de Maokambo, escribiendo en su pequeña máquina eléctrica portátil. En su dorada piel se veían todavía señales de algunos de los arañazos recibidos la primera noche de su integración en La Marcha Negra. Luego, había sabido protegerse adecuadamente.

Eran las dos y pico de la madrugada. Hora de descansar, ciertamente, sobre todo después de aquellos tres días infernales integrados en La Marcha Negra pero todo estaba aún como imágenes reales en los ojos de Brigitte Montfort, la periodista, que escribía a toda velocidad sus impresiones espontáneas, estremeciéndose de vez en cuando. Si los artículos debían ser corregidos cuando se serenase, tiempo habría de ello. Pero era imprescindible que ella escribiese lo que sentía en aquellos momentos, cuando todavía le parecía estar rodeada de gentes de raza negra de ambos, sexos y todas las edades. Habían sido tres días que le parecieron tres años, y sólo cuando por fin, cumplido el plazo, y cerca del lugar de la cita con el capitán Kinoro, abandonaron la marcha, se dio cuenta de lo terriblemente cansada que estaba, del tremendo dolor que sentía en todo, el cuerpo, en los pies, en la cintura…

«Lo peor de la marcha, no es caminar, sino caminar tan lentamente, arrastrando los pies, envueltos en una polvareda de decenas de kilómetros cuadrados, bajo un sol abrasador, con tan poca agua que se han producido numerosos casos de deshidratación. La comida es pésima, y comienza a escasear. Los soldados que controlan las columnas obedecen instrucciones inflexibles, yo diría que incluso implacables. Por el camino, van cayendo hombres y mujeres víctimas de insolaciones, enfermedades diversas, deshidratación, hambre, agotamiento físico total; En tres

días han muerto no menos de mil doscientas personas. Los cadáveres son dejados atrás, se supone que para ser recogidos por el servicio adecuado. Y lo más pavoroso de todo esto es que esos miles de hombres, mujeres y niños, ríen y cantan alegremente, como si estuvieran en ruta hacia el paraíso final, cuando lo cierto es que, suponiendo que esa horrenda marcha llegue a su término, lo que les aguarda son campos de minas, alambradas, fusiles, ametralladoras, y cañones entre la frontera y el río Nimaro. La Marcha Negra es lo más inhumano que esta periodista ha visto en su vida. Cosas como éstas no deberían, ser permitidas jamás por…».

La puerta de comunicación con el dormitorio de Minello se abrió, y éste apareció en el de Brigitte, ataviado únicamente con un bañador y llevando una toalla al cuello. Brigitte le miró, sin verle, durante los dos o tres primeros segundos, perdida la mirada en un mundo alucinante poblado de miles de personas de raza negra cuyo valor e ingenuidad la tenían profundamente impresionada.

—Frankie —los ojos de Brigitte regresaron a la realidad—. ¿Qué pasa? ¿Tienes calor?

Minello se sentó en el borde de la cama.

—Un poco —musitó.

—¿Se ha estropeado la instalación de aire acondicionado de tu cuarto?

—No. Funciona bien.

Brigitte Montfort comprendió.

—Estás reventado, pero no puedes dormir —musitó.

—No puedo. Creo haber conseguido las mejores fotografías de mi vida, pero me siento desolado. Creo que hasta estoy asustado, Brigitte. Pienso en cómo vivimos nosotros en América, en Nueva York… Incluso aquí mismo, en este hotel que está a unas pocas decenas de kilómetros de esa gente. Comidas refinadas, mobiliario confortable y lujoso, aire acondicionado, piscina, coches, ¡y hasta perfumes! Por el amor de Dios…, ¡esto no es justo!

—Bueno —sonrió dulcemente la agente Baby—, espero que después de esto no me vuelvas a reprochar, nunca más, que, de cuando en cuando, abandone mi apartamento de Nueva York para intentar ayudar a personas como las de La Marcha Negra.

—No tengo más remedio que comprenderte. ¿Sabes lo que más me tiene impresionado? El fanatismo de esos miles de personas. Es

fanatismo, porque sólo el fanatismo puede darles esa fuerza de voluntad para seguir adelante… ¿Y qué se puede hacer en favor de unos fanáticos cuando lo que hagas contrariará sus deseos? Para mí, esto es lo que se llama manipulación de masas… ¡Y tú tienes que hacer algo para evitarlo!

—¿Yo? —musitó Brigitte.

—Tú eres Baby, ¿no? ¡Pues haz algo!

—¿Qué puedo hacer? —Brigitte se puso en pie, y se acercó a Minello—. Frankie, ¿qué puedo hacer?

—No lo sé… ¡Pero tienes que hacer algo, lo que sea! ¡Y pronto!

—¿Qué quieres que haga? —Brigitte tomó el rostro de Minello entre sus manos, y lo besó dulce, brevemente, en los labios—. Si estuviese en mi mano, sabes que lo haría, detendría esa marcha. Pero, ¿cómo hacerlo? No puedo ponerme delante de doscientas cincuenta mil personas y decirles que se detengan, que vuelvan a sus casas…

—¿Qué casas? ¿Acaso no te has enterado de que la mayoría no tienen hogar? Hemos oído muchas conversaciones en francés; sabes que el ochenta por ciento vive en cuevas, en chozas, peor que bestias… ¡Eso, es su vida «normal»! Y en lugar de buscar una solución humana a ese modo de vivir, los agrupan y los mandan a todos al matadero… ¡Piensa algo!

Brigitte entornó los ojos.

—Me parece que ya lo has pensado tú por mí, Frankie. ¿Qué se te ha ocurrido?

Minello vaciló un instante, pero acabó por asentir:

—Muy bien, es cierto, he pensado algo: vamos tú y yo al palacio del presidente de Maokambo, ese Nadiro Ma que el diablo se lleve. Vamos allá, y la agente Baby le mata. Con eso…

—Ya pensé en ello.

—¿Lo has pensado? —Minello la miró esperanzado—. ¿Vamos a hacerlo, Brigitte? ¡Te ayudaré en todo, haré lo que sea, pero quiero que mates a ese…!

—Tranquilízate, Frankie. No podemos hacerlo. Si matamos a Nadiro Ma, le vamos a convertir en el mártir de La Marcha Negra. Y con un mártir a quien venerar, esas doscientas cincuenta mil personas ya no se detendrían ni ante los cañones de Sabaa. Sería una matanza horrible, ¿no lo comprendes? Si matamos a Nadiro

Ma, los okambos dirían que los de Sabaa habían enviado unos asesinos, y la guerra estallaría sin paliativos ni posibles soluciones… que quizá ahora existen. También he pensado en ir a Darville, la capital de Sabaa, y matar al presidente Marc Akako en lugar de matar a Nadiro Ma. Pero entonces, serían los de Sabaa quienes dirían que los de Maokambo habían enviado asesinos a matar a Marc Akako, y también, en este caso, estallaría la guerra. ¡Así pues; hay que descartar esos asesinatos!

—¡Pero debe haber alguna solución! ¡Y nosotros apostamos con Grogan a que tú eras capaz de detener La Marcha Negra!

—Frankie, si hay alguna solución, la encontraré. Déjame pensar en ello…, con calma. Y ahora, dime: ¿por qué estás en bañador, y por qué llevas esa toalla al cuello?

—Había pensado darme un baño en la piscina. Tengo que hacer algo, aunque sólo sea nadar furiosamente.

—Me parece una idea acertada. Déjame terminar el capítulo segundo de la serie, y me reúno contigo en la piscina. ¿De acuerdo?

—No. Quiero que pienses en hallar una solución.

—No soy una máquina, Frankie.

Minello se mordió los labios, y bajó la cabeza. Estuvo así unos segundos. Luego, se puso en pie, besó a Brigitte en la punta de la nariz, y consiguió ofrecerle una sonrisa.

—No tardes mucho.

—Unos minutos nada más.

Frank asintió, y salió al pasillo utilizando la puerta de la habitación de Brigitte. Ni siquiera pensó en lo que podría pensar alguien que le viese salir a aquella hora de la habitación de ella. Por otra parte, no había nadie en el pasillo. Eran casi las dos y media de la madrugada, hora muy adecuada para el descanso. El silencio era total.

Minello tomó el pequeño montacargas que comunicaba los pisos del hotel con la salida de éste a los jardines de atrás, donde estaba la piscina. Las puertas se cerraron, y la cabina emprendió el descenso… Apenas unos minutos más tarde, la cabina volvía a estar arriba. Las puertas se abrieron, y Minello apareció a toda prisa en el pasillo, corriendo excitado hacia la habitación de Brigitte. Abrió la puerta, cruzó el pequeño saloncito, y apareció en el dormitorio, donde ella había instalado su improvisado despacho.

—¡Brigitte! —exclamó Minello con voz tensa—. ¡Ven!

Brigitte, que le había oído entrar abruptamente y le miraba sorprendida, se puso en pie en el acto, y se acercó. No dijo nada. Minello la tomó de una mano, salieron a toda prisa de la habitación, y corrieron hacia el montacargas. Ya éste descendiendo, Brigitte miró inquisitiva a su amigo.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—Desde una ventana del tercer piso están bajando el cuerpo de un hombre al jardín, utilizando cuerdas. Son dos hombres, los he visto perfectamente, gracias a las luces de la piscina.

—¿Te han visto ellos a ti?

—Creo que no. Salí mirando hacia arriba, para ver si la luz de tu habitación se apagaba, y entonces vi el cuerpo, que colgaba pegado a la pared, ya por debajo de la ventana del segundo piso. ¡Y no me digas que he visto visiones!

—No lo digo.

El montacargas llegó a la planta. Salieron a toda prisa, recorriendo en silencio el corto pasillo iluminado por tubos empotrados en el techo. En el umbral de la amplia salida al jardín, Minello extendió un brazo, impidiendo salir a Brigitte, y se asomó él, cautelosamente, mirando a su izquierda y hacia arriba, siguiendo la fachada posterior del hotel. Antes, por encima suyo, sólo había visto luz en el dormitorio del Brigitte. Todo seguía igual…, excepto que no había cuerpo humano alguno siendo descolgado desde una ventana del tercer piso hacia la esquina del edificio.

—No está —masculló—. ¡Ya no está!

La agilidad mental de Brigitte les evitó una situación que, cuando menos, habría resultado incómoda. Ella tomó, ahora, la mano de Minello, y tiró con fuerza, corriendo hacia el jardín…, mientras tras ellos, se oía el chasquido del montacargas al ser puesto en marcha, llamado desde arriba.

En un instante, estuvieron ambos ocultos tras un grupo de arbustos de nores, entre la piscina y la fachada del hotel, en la que seguía recortándose el ventanal que daba a la terraza de la habitación de Brigitte.

—Han descolgado el cadáver y, ahora, ellos bajarán con el montacargas —susurró Brigitte—. ¿Recuerdas cuál es, exactamente, la ventana en la que estaban esos dos hombres?

—No… Ahora, no. Pero si vuelvo a la salida y miro hacia arriba, lo sabré. ¿Qué vamos a…?

—¡Chissst!

Al poco, aparecieron dos hombres en el jardín, por la salida utilizada por Brigitte y Frank. Caminaban con sigilo, pero con aceptable naturalidad. Brigitte les miró un instante, comprobando que eran de raza blanca. Luego, miró hacia donde se dirigían, pegados a la pared, y vio el bulto oscuro caído en el suelo, aplastando unos pequeños macizos de nores. Era un negro.

Los dos blancos llegaron junto al negro caído en el suelo, se detuvieron, y miraron alrededor. Minello y Brigitte habían contenido la respiración. Sabían que no podían verles, pero ambos estaban desarmados, y no había por qué correr ningún riesgo por un hombre que, según Minello, ya estaba muerto. Y si no lo estaba, si solamente estaba desvanecido, y pretendían llevárselo del hotel, era porque le querían vivo…

Los dos hombres blancos se inclinaron, asieron el cuerpo del negro por los sobacos y los tobillos, y se alejaron rápidamente hacia el estacionamiento del hotel.

—No pueden bajar al garaje con el cadáver —susurró Brigitte—, porque siempre hay un empleado allí. Seguramente no son del hotel, por lo tanto. Deben tener un coche cerca…, así que uno de ellos tendrá que ir a buscarlo. Puesto que va a quedar un solo, vamos a intentar darle una sorpresa. No hagas ruido.

Se deslizaron, siempre, por entre los arbustos de flores, en pos de los dos hombres, que desaparecieron en la parte más densa del jardín. Con lo cual facilitaron a Brigitte y Minello el poder seguirles. Pero las cosas no salieron como habían previsto: no sólo no quedó solo uno de ellos, sino que apareció un tercer hombre. Minello abrió la boca, pero Brigitte oyó la aspiración de aire, y le apretó un brazo, obligándole a permanecer en silencio: ella también había visto un instante al tercer hombre, y lo había reconocido. Era uno de los periodistas alojados en el hotel, un hombre llamado Haast, si no recordaba mal.

El holandés tendió las llaves tintineantes a uno de los otros dos, que desapareció. Segundos después, el holandés y el que quedaba con él, desplazaron el cuerpo del negro más hacia el borde del jardín, adonde llegó un coche, utilizando la marcha atrás. El

hombre que había ido a buscarle, salió, abrió el maletero, y el negro fue colocado en su interior.

Segundos después, el coche se alejaba, y él rubio holandés llamado Haast cruzaba el jardín hacia la puerta que conducía al pasillo del montacargas.

Durante unos segundos, Brigitte y Minello permanecieron inmóviles y en silencio. Por fin, Minello susurró:

—Ese es uno de nuestros colegas…

—Lo sé. Creo que se llama Haast. Vamos a esperar unos minutos antes de regresar.

Transcurridos seis o siete minutos, se deslizaron hacia la entrada al edificio. A instancias de Brigitte, Minello se colocó en la misma postura que cuando al salir la primera vez había visto el cadáver, y señaló la ventana donde había visto a los dos hombres descolgando al negro. Desde abajo, Brigitte calculó el número de aquella habitación partiendo del de la suya. Luego subieron.

Minello se quedó en la habitación de Brigitte, y ésta, tras ponerse una blusa y una falda, y sacar las ganzúas del maletín, salió.

Regresó veinticinco minutos más tarde, cuando Minello estaba encendiendo el tercer cigarrillo. Lo apagó en el cenicero, y la miró, expectante. Brigitte le tendió un pequeño carnet de identidad prensado en plástico, y Minello lo examinó rápidamente. Estaba redactado en francés, a nombre de Maro Sikuu.

—¿Es todo lo que has encontrado?

—De interés, sí. ¿No te has dado cuenta? Este hombre es de Sabaa, Frankie. Esta identificación la he encontrado escondida en el interior de una corbata, en el armario. ¿Lo comprendes?

—No sé…

—Entérate mañana de quién ocupa la habitación 309. Es la que tú me has indicado, y donde he encontrado este carnet…, pero ya verás cómo el nombre del huésped de esa habitación no será Maro Sikuu.

—¿Quieres decir que el hombre que han matado es de Sabaa y que está…, estaba en el hotel con otro nombre?

—Exacto.

—¿Y qué hacía aquí?

—Simular que era un periodista maokambo, o de cualquier otro

país que no fuese Sabaa.

—En otras palabras: ¡un espía!

—Parece evidente. Y también parece evidente que su labor estaba relacionada con nuestro colega Haast. Pienso que Maro Sikuu debía estar vigilando a Haast, éste se dio cuenta, y llamó a unos amigos suyos para que le librasen de esa preocupación. Todo estaba en orden en la habitación de Maro Sikuu, así que, mañana, cuando se note su ausencia, nadie podrá dar noticias de él…, excepto nosotros, que, por supuesto, no haremos tal cosa. El huésped de la habitación 309 ha desaparecido. Muy bien: nosotros no sabemos nada de nada. ¿Está claro, Frankie?

—Tan claro como que Haast es otro espía. ¿Qué vamos a hacer?

—Tú entérate de quién ocupaba la habitación 309, ya te lo he dicho; sabremos así qué nombre y nacionalidad estaba utilizando el sabaano Maro Sikuu… Yo me encargaré de Haast.

—¿Te encargarás…? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, por el momento, el señor Haast ha quedado atrapado, sin saberlo, en la telaraña de la agente Baby.

—¡Eso no puede ser!

—¿Por qué no? —se sorprendió Brigitte.

—Porque si tú pudieses tejer una telaraña significaría que eres una araña… ¡Y a mí no me pareces una araña!

Capítulo IV

A Van der Haast tampoco le pareció una araña, ni mucho menos, la señorita. Montfort. Más bien le pareció un ángel que caminaba, casi volaba, hacia él sonriéndole amistosamente.

—¡Ah, señor Haast, buenos días! ¡Perdone, siempre temo equivocarme! Es Haast, ¿verdad?

—Van der Haast —sonrió éste, hablando con impecable inglés de Inglaterra, no americano—. Pero es un poco largo y complicado, así que puede llamarme Haast simplemente. O Van, como prefiera.

—Creo que Van es todavía más fácil que Haast —rió la divina espía—. ¿Va usted hacia Neka?

Haast entregó la llave de su habitación en conserjería, y miró a Brigitte, que estaba haciendo lo mismo, sonriendo al conserje negro, que, a su vez, mostraba su espléndida dentadura blanquísima.

—Pues no… Son casi cuarenta millas de carretera bastante mala, y creo que ya he estado allí las suficientes veces. Hasta que se reúnan los doscientos cincuenta mil negros, no creo que valga la pena volver por allí: no habrá nada nuevo.

—Sí, entiendo. Yo también he estado allí por estos tres días, con Minello, y soy de la misma opinión que usted.

—No la he visto por Neka —alzó las cejas Haast—. A decir verdad, todos nos hemos estado preguntando dónde se habían metido usted y su amigo.

—Ya le digo: dando vueltas por Neka. Llegamos anoche, un poco tarde. Y estábamos tan cansados, que nos fuimos directos a nuestras habitaciones. De todos modos, yo no podía dormir. Estuve escribiendo hasta tarde… ¿No le parece horrible todo esto, Van?

—¿Se refiere a la marcha? Sí, lo es, qué duda cabe.

—¿Cómo cree usted que terminará todo?

—Ni idea… Ojalá fuese capaz de predecirlo, y así sería tan famoso como usted.

—Muy amable —sonrió Brigitte—. Yo espero que no llegue a ocurrir nada digno de ser lamentado… Siempre cabe la esperanza de que los sabaanos y los maokambos entren en razón, ¿no le parece?

—Esperemos que así sea. Alguien tiene que ceder, o quizá un poco cada parte. En cuanto a nosotros, creo que lo más conveniente es que tengamos preparada la salida del país, por si las cosas se ponen feas. Si estas gentes se lanzan a una guerra, puede estar segura de que los blancos que quedásemos atrapados en ella lo íbamos a pasar muy mal… En especial, una mujer tan hermosa como usted. No sé si me comprende…

—Creo que sí —rió Brigitte—. De verdad que es usted muy amable, Van. ¿Dónde están los demás?

—Como siempre, han partido hacia Neka.

—Claro. ¿Y cómo es que usted no va?

—Tengo otras cosas que hacer.

—¿Más importantes que su trabajo?

—Hay muchas maneras de trabajar —sonrió Haast—. Sólo hay que saber elegir la mejor.

—Completamente de acuerdo. Bueno, iba a pedirle que diésemos una vuelta por Oka, pero me temo que está usted muy ocupado esta mañana.

—Lo siento, pero así es. ¿Qué pasa con su amigo? ¿Quizá ha madrugado más que usted y se ha marchado a Neka a tomar fotografías?

—¡Oh, ese pobre tonto…! Seguramente está durmiendo todavía. Parece que haya hecho algo fuera de serie, total por estar tres días tomando unas fotos. Ni siquiera me sorprendería que pretendiese poner su firma al lado de la mía, en «mis» artículos.

Van der Haast asintió, frunciendo el ceño.

—Sí… Algunas personas no tienen sentido de las proporciones. Pero hay que comprender a Minello: firmar una serie de artículos junto a un Premio Pulitzer significa la ruta hacia el estrellato periodístico, de un modo definitivo.

—¡Oh! En realidad, no creo que Frankie se atreva a tanto, francamente.

—De todos modos, no sería censurable. Bien…

—¿Se marcha usted del hotel?

—Salgo del hotel —puntualizó Van der Haast— con el fin de atender mi trabajo en sus diversas facetas. Espero que nos seguiremos viendo por aquí, señorita Montfort…

—Brigitte —corrigió ésta, amablemente—. Francamente, Van, me he estado insinuando para conseguir su compañía, pero parece que no le interesa… relacionarse conmigo.

—Dígame eso mismo después del almuerzo —sonrió el holandés —, y ya verá qué pronto la haré cambiar de opinión. Perdóneme, Brigitte, pero en verdad se me está haciendo tarde. Hasta luego.

—¿Almorzará en el hotel?

—Espero qué sí.

—Entonces, es posible que, en efecto, sea hasta luego.

Haast volvió a sonreír, y se alejó. Salió del hotel, fue al garaje, y subió a un coche. Poco después, circulaba por la Avenida de la Independencia, todavía pensando en la hermosísima Brigitte Montfort, con una leve sonrisilla en sus delgados labios. A su juicio, la señorita Montfort era una mujer «asequible». Lo que no tenía por qué sorprenderle demasiado, a fin de cuentas. Una mujer tan encantadora y bella, que había viajado por todo el mundo, debía estar muy acostumbrada a pequeñas aventuras íntimas. Era lógico, y Haast decidió que no sería él quien rechazase ser en Maokambo la «pequeña aventura» de tan hermosa mujer.

Pero la apartó pronto de sus pensamientos. Tenía cosas mucho más importantes que hacer aquella mañana.

A los pocos minutos dejaba la ciudad atrás. Muy poco después, abandonaba la carretera principal para tomar por una secundaria, completamente despejada, que también abandonó después de recorridos unos quince kilómetros para enfilar un camino de tierra que se metía entre altísimos árboles.

Al final de ese camino de un par de kilómetros, y ya fuera del bosquecillo, estaba la casa. Una casa grande, blanca, de tejado color ocre, que pudo ver a través de las verjas de hierro. Era el único lugar desde el que podía verse, pues alrededor había un alto muro pintado también de color tierra. Cuando Haast detuvo el coche delante de las cerradas verjas, no se veía a nadie. Tocó el claxon, y, en el acto, dos soldados negros aparecieron tras las verjas, uno a cada lado, sosteniendo sendos fusiles automáticos. Sólo un segundo más tarde apareció otro negro, también de uniforme, pero sin fusil.

Sólo llevaba una pistola, enfundada. En su gorra y en su guerrera de color pardo se veían las insignias de capitán del ejército maokambo.

El holandés sacó la cabeza por la ventanilla.

—Soy Haast —se presentó—. El señor presidente me está esperando.

El oficial asintió. Las verjas fueron abiertas, y Haast entró con el coche. Sin detenerse, siguió por el sendero flanqueado por hermosos arbustos de flores hacia la casa. No hizo el menor caso a un par de soldados que patrullaban perezosamente por el jardín.

Delante de la gran casa había otro oficial, que recibió a Haast con amable gesto cuando éste se apeó.

—¡Buenos días, señor Haast! —habló también en francés—. Le llevaré hasta el presidente.

—Gracias.

A la izquierda, se oían risas y gritos infantiles. Haast miró hacia allá, y vio la piscina, rodeada de altos árboles, por entre los cuales, con su pereza habitual, patrullaban tres o cuatro soldados. Junto a la piscina, sobre una fresca extensión de césped, había un numeroso grupo de niños negros, jugando y riendo, el mayor de los cuales no tendría más de doce años. Una hermosa joven negra, en bikini, leía una revista sentada bajo un gran parasol de hojas de palma, mientras dos negras, gordas y risueñas jugaban con los niños.

—El señor presidente —sonrió Haast—, es un hombre prolífico, comandante.

—Sí —mostró su blanca dentadura el comandante—, en efecto. Pero de todos modos, señor Haast, nueve hijos no son demasiados, teniendo en cuenta que el presidente se ha casado cuatro veces.

—¿Y todas las veces su esposa ha sido tan bonita como la actual? —señaló Haast, con la barbilla, hacia la joven que leía.

—¡Por supuesto! —rió el comandante—. Venga, por favor.

Entraron en la casa. Era amplísima, fresca, adornada con flores y plantas, mobiliario ligero y elegante, buenos cuadros de sorprendente belleza, pintados por artistas nacionales. El comandante condujo a Haast al despacho del presidente. Cuando entraron, el presidente Nadiro Ma estaba de espaldas a la puerta, mirando hacia la piscina por el ventanal. Cuando se volvió, Haast pudo ver su ancha sonrisa, y el cigarro encajado entre los dientes grandes, blancos, tan sólidos que parecían de mármol.

—¡Ah, Haast…! ¿Qué tal? Le he visto llegar, pues estaba contemplando a mis hijos… Pase, pase.

Nadiro Ma hablaba un francés impecable, no como el resto de los maokambos. Lógico: había pasado diez años de su vida en París, estudiando primero en una universidad, y, luego, en una academia militar. Nadiro Ma era notable en todos los aspectos: medía casi dos metros, era hermoso, elegante, de mirada inteligente y risueña, facciones correctas dentro de las características de la raza negra. Sus cabellos, con algunas pinceladas blancas en las sienes, parecían un simple amontonamiento de anillos. No debía tener aún los cuarenta años.

—Son unos niños muy agradables —dijo, sinceramente, Haast.

—Todas las personas que viven bien y que han sido bien educadas, son agradables —asintió Nadiro Ma—. Cuando la vida es más bien agradable con uno, no hay motivos para ser desagradable, ¿no le parece?

—Sin duda alguna, señor presidente.

—Siéntese —Nadiro Ma hizo una seña al comandante, que abandonó el despacho, cerrando la doble puerta. Nadiro se sentó, y Haast lo hizo entonces, en otro sillón, quedando frente a frente—. Y hablemos de lo sucedido. Parece que ha tenido usted un contratiempo.

—Ya está solucionado. Me ayudaron dos de mis hombres.

—Cuénteme, exactamente, qué pasó.

—En el hotel vi a un hombre al que también había visto en Sabaa, cuando estuve con Kino Bonoo, y me pareció que me estaba vigilando, pues le veía en todas partes. Me enteré de su nombre en el hotel: Suro Boniro, ciudadano de Kabanga. Esto me hizo desconfiar aún más, así que, finalmente, decidí buscar mi propia seguridad. Anoche visité a Suro Boniro en su habitación, amenazándole con mi pistola. Comprendió que yo estaba dispuesto a todo, así que optó por confesar. Es… era algo así como un agente secreto de Sabaa, que me había visto allí, y recibió órdenes de seguirme fuera adonde fuese. Su verdadero nombre era Maro Sikuu. Le pregunté que por qué me había seguido desde Sabaa, y dijo que porque era un extranjero, simplemente…

—Eso quiere decir que no le vio a usted con Kino Bonoo, y que, por lo tanto, éste no corre peligro.

—Exactamente, señor presidente. De todos modos, puesto que los acontecimientos están ya muy cercanos, decidí eliminar a Maro Sikuu: no me gusta que nadie camine tras mis talones. Espero que usted apruebe esta decisión.

—Naturalmente, puesto que es en mi beneficio. Si le contraté a usted fue para obtener el resultado final, Haast.

—Todo está preparado, y no creo que falle ningún detalle. Bien, maté a Maro Sikuu, y luego me puse en contacto con los dos hombres que tengo, como apoyo directo, en Oka. Les entregué la llave de mi habitación, y mientras ellos, ya de madrugada, descolgaban el cadáver, yo vigilaba en el pasillo, pues siempre cabía la posibilidad de que Maro Sikuu no estuviese solo. Parece que sí estaba solo. Mis hombres le descolgaron hasta el jardín del hotel, salieron de la habitación, y mientras ellos bajaban en el montacargas, yo fui a por su coche. En fin, metimos el cadáver en el coche, y mis hombres se lo llevaron. Jamás será hallado.

—Está bien. Pero quizá los de Sabaa, a no tener noticias de Maro Sikuu envíen a otro hombre, o a varios, a vigilarle a usted.

—Ya no tienen tiempo de nada. Para cuando empiecen a preocuparse por Maro Sikuu, habrán pasado un par de días, por lo menos. Y luego, todo será demasiado rápido.

—De acuerdo. Entiendo que no tuvo usted ninguna dificultad con Kino Bonoo en Sabaa.

—Ninguna. Estuve combatiendo algunos años en África, y fue así como conocí a Kino Bonoo: él sabe perfectamente que soy un mercenario eficaz y serio en mis compromisos.

—Así lo espero. Respecto a…

—Sonó la llamada a la puerta, y Nadiro Ma frunció el ceño, pero autorizó la entrada. El comandante apareció, con una expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nadiro, un tanto irritado.

—Perdón, señor presidente. Bueno…, ha llegado la secretaria del señor Haast.

Van der Haast quedó estupefacto un instante, mientras Nadiro Ma y el comandante le miraban.

—¿Quién? —exclamó.

—Su secretaria, señor Haast.

—¡Yo no tengo secretaria! ¿Qué tontería es ésta?

—Es lo que ha dicho la señorita. Está ahora en la piscina, con los niños. Le he pedido que esperase, y ella, ha dicho que le parecía bien, y ha ido allá.

Nadiro Ma y Haast se precipitaron hacia el ventanal. Y allí estaba la «secretaria» de Haast, en efecto, sentada en la hierba y jugando con los niños más pequeños de Nadiro, mientras conversaba con la última esposa de éste, la joven y bella negra, que sonreía alegremente. Alrededor de la joven de piel dorada y cabellos negros, los pequeños hijos de Nadiro Ma corrían y reían «escapando» de las presas que pretendía hacerles la mujer de raza blanca.

—¡La muy…! —jadeó Haast—. ¡Me ha seguido!

Nadiro Ma tardó un par de segundos más en reaccionar, porque estaba aturdido por la belleza de aquella mujer.

—¿Quién es? —musitó.

—Brigitte Montfort, una periodista americana. Una de las mejores profesionales del periodismo en todo el mundo. Premio Pulitzer. Está alojada, también, en el Kambo-Kambo. Antes de venir hacia aquí, la encontré en el vestíbulo, y estuvimos charlando unos minutos.

—¿Le dijo usted que venía aquí?

—¡Claro que no! Pero es una mujer inteligente… Debió de sorprenderse de que yo no fuese a Neka, como todos, y quizá pensó que yo tenía alguna noticia que quería reservar para mí solo. Son cosas de periodistas, supongo: se vigilan unos a otros, a ver quién consigue la mejor información. Pero no pienso permitirle que haga eso conmigo. Que se marche.

—No —negó Nadiro Ma—. Si es tan inteligente como usted dice, ella ya debe saber quién hay en la casa.

—¿Por qué ha de saberlo?

—Está jugando con mis hijos. Fotografías mías, y de ellos, han aparecido últimamente en todos los periódicos, a raíz de mi último matrimonio. La señorita Montfort, periodista profesional, no puede haber pasado por alto esas fotografías. Ha visto a los niños, y a mi esposa, y sabe perfectamente quién está ocupando esta casa apartada y confortable. Es mejor recibirla.

Nadiro Ma hizo una seña al comandante, qué salió del despacho. Luego miró a Haast, que contemplaba hoscamente a Brigitte

Montfort, jugando y riendo con los niños. La joven esposa de Nadiro se había sentado en la hierba, y reía igual que los hijos de Nadiro con sus anteriores esposas.

—Es simpática —sonrió Nadiro—. Y muy hermosa.

—Es una entrometida —gruñó Haast—. Una mujer como ésa, sólo ocasiona complicaciones, señor presidente.

—Intentaremos arreglar la situación. ¿Está sola en el país, la señorita Montfort?

—No. La acompaña otro periodista, que toma fotografías, un tal Frank Minello: es una montaña de músculos, pero no parece demasiado listo.

Nadiro Ma no contestó. Estaba mirando, a Brigitte, que tras escuchar al comandante se había puesto en pie, sonriendo, y se dirigía ya hacia la casa, rodeada de los hijos pequeños de Nadiro, cuyas risas y gritos llegaban hasta el despacho.

Segundos después, el comandante introducía a Brigitte Montfort en el despacho, y se retiraba, cerrando la puerta. La azul mirada de Brigitte estaba fija en Nadiro Ma, que se acercó a ella, sonriendo y tendiendo la mano.

—Estoy seguro de que me ha reconocido —dijo Nadiro—. ¿Cómo está usted, señorita Montfort?

—Muy bien; gracias; señor presidente —contestó, también en francés, Brigitte, estrechando la mano grande y fuerte de Nadiro—. Me temo que he cometido una gran indiscreción ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Bueno… Seguí al señor Haast porqué me pareció que él tenía alguna noticia interesante en otro lugar alejado de Neka, y me dije que puesto que yo ya había estado en Neka, sería bueno estar al corriente de otras cosas… Lo siento. Lo siento, Van —miró a Haast.

—¿Cómo demonios ha podido seguirme? —Gruñó el holandés.

—Pues con un coche —abrió mucho los ojos Brigitte—. ¿De qué otro modo, si no?

—Usted no tenía derecho a…

—Bueno, bueno… —cortó Nadiro Ma, sonriendo—. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo con la señorita Montfort, señor Haast. ¿No es así, señorita Montfort?

—Le aseguro, señor presidente, que no tengo la menor intención de molestar a nadie, ni de complicar las cosas. Sólo quería saber

qué clase de noticia podía obtener el señor Haast.

—Pues ya la conoce: el señor Haast es amigo del presidente de Maokambo, el cual, por motivos de seguridad, tiene a su familia bajo custodia de soldados y oficiales de toda confianza, en un lugar secreto.

—Es una medida muy prudente —aprobó Brigitte—. Siempre puede aparecer algún exaltado que provoque una catástrofe.

—Celebro que lo entienda. ¿Puedo confiar en que este lugar continuará siendo un secreto para todo el mundo, señorita Montfort?

—Naturalmente que sí.

—Gracias. Por favor, siéntese. —Nadiro se sentó después de hacerlo Brigitte, y la miró amablemente—. Cía no está, yo tengo que comprender su posición en estos momentos: el periodismo es el periodismo, y su obligación es enviar a su periódico todas las noticias que pueda conseguir. Sin embargo, tal como usted tan bien ha comprendido, si usted publicase la noticia de dónde está mi familia, las cosas podrían complicarse. A cambio de su discreción, espero poder ofrecerle, en el momento oportuno, las debidas compensaciones.

—¿Dinero? —sonrió Brigitte.

—¡Por favor…! Sé catalogar a las personas, señorita Montfort. No, no, nada de dinero. Lo que sí podría ofrecerle serían ciertas exclusivas informativas que estarían a la altura del prestigio de un Premio Pulitzer.

—¿Cuándo?

—En el momento oportuno, repito.

—Si el señor Haast publicará las mismas noticias, ya no serían una exclusiva.

—No se preocupe por la competencia del señor Haast. ¿Le ha dicho usted a alguien que le iba a seguir?

—No. Es decir… Bueno, le dejé una nota a mi compañero, en el hotel. En ella digo que me parece que el señor Haast tiene algo importante, y que salgo tras él para ver si me entero de qué se trata. Sólo eso.

—Ya. Bueno, no es en modo alguno comprometido…, si a su regreso, usted se muestra discreta, incluso, con su compañero.

—Así lo haré —Brigitte sonrió, de pronto—. Tiene unos hijos

hermosos y simpáticos, señor presidente. Y una esposa muy inteligente y bonita.

—Mi cuarta esposa —sonrió, a su vez, Nadiro Ma—. Quizá no esté bien que un presidente se haya casado tantas veces, pero en África, y en nuestra raza, la cosa no tiene tanta importancia. Sea o no presidente, un hombre tiene derecho a la felicidad, ¿no le parece?

—Sin la menor duda. Y hablando de felicidad: ¿usted sabe en qué condiciones se está realizando La Marcha Negra?

—¿A qué se refiere?

—Es inhumana.

—¿Inhumana? —Se pasmó Nadiro Ma.

—Más que personas, parecen… un rebaño. Un rebaño sucio, hambriento, sediento, enfermo, que ríe sin saber por qué ríe…, y que debería estar llorando.

—Se está usted extralimitando —mascculló Haast.

Nadiro Ma le hizo una seña enérgica de silencio.

—Señorita Montfort —susurró—, le aseguro que no son ésas las noticias que yo tengo sobre la marcha. Y no es porque me pase el tiempo aquí, no lo crea usted. Sólo vengo aquí a dormir, ya después de medianoche, y si no he vuelto a la Casa Presidencial, en Oka, esta mañana, es porque esperaba la visita del señor Haast… en privado.

—Sólo se me ocurre decir, que está usted mal informado sobre las condiciones en que se desenvuelven los patriotas que integran la marcha. En la marcha hay, desde prostitutas a casos de lepra. ¿Lo sabía usted?

—No… No.

—Pues ya lo sabe ahora. Tampoco hay la suficiente comida, ni los debidos cuidados sanitarios. En cuanto al agua, no tengo que explicarle las características áridas de la región donde se están concentrando doscientas cincuenta mil personas: que yo sepa, ha habido más de cien casos de deshidratación.

Nadiro Ma volvió su mirada hacia el holandés.

—¿Usted sabía esto, Haast?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no me informó de ello? Nuestra amistad personal habría justificado su sinceridad conmigo.

—Lo siento. Pensé que usted ya estaba al corriente, señor presidente.

—¡Pues no lo estaba! —Casi gritó Nadiro Ma—. ¡No lo estaba, y esto va a costarle muy caro a algunas personas!

—Bastaría —deslizó, suavemente, Brigitte— con que se pusiese remedio a esas condiciones inhumanas. Aunque lo mejor, sin duda alguna, sería que La Marcha Negra se diese por terminada. No me diga usted, señor presidente, que no está informado de que la culminación del objetivo ocasionaría, inevitablemente, una guerra entre Maokambo y Sabaa.

—Eso no puedo ignorarlo —musitó Nadiro Ma; quedó pensativo, como abrumado, y tras pasarse una mano por la cara, volvió a mirar a Brigitte—. Señorita Montfort, voy a suplicarle la máxima discreción sobre esta entrevista…, por el momento. También voy a suplicarle que me disculpe por no prolongar esta entrevista, que tan grata me resultaría en otras circunstancias. ¿Me perdona?

Brigitte se puso en pie en el acto.

—Deseo que tenga usted muchas cosas que hacer esta mañana, señor presidente. ¡Adiós! ¡Adiós, Van!

—Si me espera… —empezó Haast.

—No. Prefiero regresar sola al hotel, y así, cuando Minello me pregunte adonde ha ido usted y qué ha hecho, podré decir que no he logrado seguirle, que me he perdido, y he decidido volver a almorzar con él.

—Es una magnífica idea —aprobó Nadiro Ma—. Tenga la seguridad de que no olvidaré su exquisita discreción, señorita Montfort.

Nadiro Ma volvió a tender su mano, de pie ante Brigitte, gigantesco, rebosante de vitalidad, de energía. Brigitte abandonó el despacho, y Nadiro Ma fue de nuevo a la ventana. La vio caminar hacia la piscina, en efecto, y despedirse de su esposa y de sus hijos, que la rodearon en cuanto la vieron aparecer. Luego, Brigitte Montfort subió a su coche, y se alejó por el sendero.

Nadiro se volvió hacia Haast, que le miraba fijamente.

—La señorita Montfort —murmuró Nadiro Ma— parece, en efecto, muy inteligente y comprensiva, pero, en el fondo, es una ingenua.

—¿Qué quiere decir?

—Asegúrese de que ese compañero de ella no es puesto al corriente de todo esto por ella, Haast.

—Lo haré. ¿Y luego?

—Luego, con la debida discreción y arreglando bien las cosas, mate a la señorita Montfort.

Capítulo V

Frank Minello estaba tomando un aperitivo en el bar del hotel cuando apareció Brigitte, que fue a sentarse, inmediatamente, a su lado, en uno de los altos taburetes giratorios.

—¡Hola, Frankie!

—¿Cómo te ha ido? ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente, y me ha ido de maravilla. Yo también voy a tomar un aperitivo —le hizo una seña al camarero negro, señaló la copa de Minello y volvió a mirar a éste—. ¿Te entregaron mi nota en conserjería?

—¿Qué nota?

—Sí, hombre: te dejé una nota, diciéndote que me iba detrás de Van der Haast, para ver si conseguía alguna información diferente a las que circulan por aquí.

—No, señorita —mascullό Minello—; no me dejaste ninguna nota. ¡Qué tontería! Yo ya sabía que ibas a apretarle las clavijas a Haast, así que, ¿por qué tenías que dejarme alguna nota?

—Té dejé una nota en ese sentido —se armó de paciencia Brigitte—. Y ahora, a mi regreso, te he dicho que no pude seguir a Haast, que no sé adonde ha ido, y que por lo tanto, he vuelto al hotel. Seguro que te dejé esa nota, Frankie.

Minello se rascó la coronilla, y de pronto, sus ojos se iluminaron. Inmediatamente, su expresión se ensombreció.

—Estoy seguro de que Número Uno lo habría comprendido en seguida, ¿verdad? —refunfuñó.

—Seguramente —rió Brigitte—, pero él no ganó el primer premio en el concurso fotográfico del Morning News.

—¡Ah…! ¡Eso sí! —Se iluminó de nuevo el rostro de Minello—. ¡Soy un fenómeno tomando fotografías de noche, de día y en cualquier postura!

—Me alegro. ¿Y qué tal eres haciendo preguntas? Gracias —

sonrió Brigitte al camarero; tomó la copa de aperitivo y volvió a mirar a Minello—. ¡Y no me digas que no entiendes lo que te estoy preguntando!

—El sujeto de la habitación 309 estaba inscrito con él nombre de Suro Boniro, natural de Kabanga.

—De acuerdo —Brigitte bebió un sorbito de aperitivo, y estuvo unos segundos pensativa—. Ahora, almorzaremos, y luego nos dedicaremos a dormir la siesta. Mientras almorzamos, te explicaré lo que realmente ha hecho Haast, y dónde ha ido. Pero si él se acerca a nuestra mesa, recuerda que yo no sé nada, y tú menos aún. ¿Sí?

—¡Zambomba! ¡No soy tan tonto! —Gruñó Minello.

—Lo sé, pero quiero asegurarme de que no cometemos ningún fallo. Después de la siesta, tú saldrás con tu cámara grande a tomar fotografías por Oka, a pie. Lo clásico en un reportero gráfico que quiere tomarle el pulso a una ciudad, sus gentes, etcétera.

—Y tú te quedarás sola aquí —susurró Minello.

—Así es.

—No me gusta.

—¿El qué? ¿El aperitivo?

—Que te quedes sola.

—Es que, en realidad, no estaré lo que se dice completamente sola: te llevarás una de las radios de bolsillo que tengo en el maletín. Después de almorzar te la daré, con una onda diferente a la habitual de la CIA en esta parte de África. No quiero intromisiones. ¿Tienes suficiente dinero para comprar una motocicleta?

—Sí.

—Cómprala en cuanto salgas del hotel, pero que nadie del hotel lo sepa. Por eso digo que te alejarás de aquí a pie, y volverás del mismo modo. Si tienes oportunidad, compra por ahí una pistola, pero con la máxima discreción. Si ves que la cosa puede resultar comprometida, olvídalo: nos arreglaremos con la mía.

—¿Qué está pasando, exactamente?

—Todavía nada. ¿Qué te gustaría almorzar?

—Besos de tu boca.

Brigitte se echó a reír.

—Estoy, segura de que son muy sabrosos, Frankie, pero…, poco nutritivos. Vamos al comedor. Y no se te ocurra pedir «besos de tu

boca»: a lo peor, el camarero podría creer que te referías a la de él, no a la mía.

—Muy graciosa —farfulló Frank—. ¡Graciosísima!

* * *

Debían ser las cuatro y media de la tarde cuando sonó la llamada a la puerta de la habitación de Brigitte. Ésta volvió la cabeza, y un gesto dubitativo apareció en su rostro. ¿Frankie había olvidado algún detalle, y regresaba para aclararlo?

En la duda, alzó el cubrecama, ocultando con la mitad superior todo lo que tenía colocado muy ordenadamente sobre la cama: la pistolita de cachas de madreperla, la radio de bolsillo, cápsulas de gas, el trípode de patas de aluminio que podía convertirse en un fusil especial; las compresas que eran, en realidad, mascarillas antigás…

Recién duchada, cubierta solamente con su corto albornoz azul, fresca y hermosa como la más hermosa y fresca flor del más bello jardín del mundo, la divina espía fue a abrir.

—¡Ah; Van! —sonrió—. ¿Qué tal?

—¡Hola! —sonrió, también, el holandés—. ¿Puedo pasar?

—Pues…

—¿No? —se sorprendió él—. Bueno, he visto salir del hotel a su compañero Minello, y se me ha ocurrido que mi presencia ya no podía molestar.

—No molesta —frunció el ceño Brigitte—. Pero no me parece correcto recibirle a solas.

—¿De veras? —se desconcertó Haast—. Es extraño que diga eso una mujer que tiene una habitación comunicada con la de su compañero de trabajo.

—Entiendo —sonrió, con cierto desdén, Brigitte—. Bueno, me parece normal que al respecto hayan opiniones poco favorables para mí, pero precisamente por eso no quisiera empeorar las cosas.

—¿Qué quiere decir?

—Si ya hay malas lenguas respecto a que dos habitaciones estén comunicadas, la cosa empeoraría si se supiese que cuando se va mi vecino de dormitorio recibo a otro hombre.

—¡Está bromeando! —exclamó Haast—. ¡Una mujer como usted

no puede estar pendiente de esas tonterías!

—Una mujer como yo tiene, ante todo, clase. No tengo absolutamente ninguna clase de prejuicios, y le aseguro que mi moralidad es a prueba de todo. Pero mi clase me impide atender a más de un hombre a la vez, y si hay comentarios respecto a Minello, dejemos las cosas así, sin empeorarlas. No quisiera que pensasen que soy… una especie de golfita ninfómana. No sé si hablo claro.

—Sí —palideció Van der Haast—. Desde luego que habla claro. Y me he merecido, sobradamente, su dureza. Lo siento de veras… ¿Puedo esperarla en el bar?

—Estaré allí dentro de diez minutos.

—Gracias —vaciló Haast—. De verdad que lo siento. He sido un grosero estúpido.

—En efecto —sonrió deliciosamente Brigitte—. Hasta luego, Van.

—Hasta luego.

Brigitte cerró la puerta, y regresó al dormitorio sonriendo irónicamente, mientras cruzaba la salita. ¿Qué se proponía, realmente, el holandés? ¿Sólo unos cuantos días de intimidad, creyéndola presa fácil; y luego el adiós? Claro que no. Haast no desdeñaría, posiblemente, la oportunidad de acostarse con ella, pero, además, debía tener otros planes. Planes que debía haber elaborado en compañía del presidente de Maokambo, Nadiro Ma. ¿Éste era tan bueno e impresionable como había parecido? ¿O sabía que Haast había matado a un hombre en el hotel, y, en consecuencia, ambos tenían relaciones especiales con determinados propósitos?

La lógica es la lógica: Nadiro Ma no debía estar ignorante de las actividades de Van der Haast, antes bien, al contrario, debía ser él quien dirigía las actividades del holandés. Y entonces…, ¿realmente era un periodista, el rubio Van der Haast?

De nuevo ante la cama, Brigitte lo recogió todo, colocándolo en el maletín de nuevo.

—Si llega a ser necesaria esta clase de intervención mía —pensó —, espero tener suficiente con todo esto. De lo contrario, no me quedará más remedio que llamar a los Simones, que deben estar en abundancia por toda esta zona.

A las cinco menos cuarto apareció en el bar, llevando su maletín

rojo con florecillas azules, y ataviada con un precioso vestido de tarde, generosamente escotado, de un color casi tan dorado como su piel. Las conversaciones de varios hombres allí reunidos cesaron bruscamente, los alientos quedaron en suspenso, los ojos maravillados fijos en el armonioso cuerpo femenino que cruzaba el bar. En una de las mesas, dos periodistas formaban parte de uno de los pequeños grupos, y Brigitte desvió su marcha hacia allí.

—¡Hola! —saludó alegremente—. ¿Ya han regresado de Neka? ¿Cómo van las cosas por allá?

—Mas o menos, igual que los otros días —replicó el alemán Wangel, hablando un francés aceptable—. Por cierto, no la hemos visto por allí en estos días; ha desaparecido usted… ¿No le interesa lo que ocurre en Neka?

Brigitte abrió mucho los ojos.

—¡Pero si he estado por allí, estos tres días…! No comprendo cómo no nos hemos visto. El señor Haast asegura que tampoco él me ha visto… ¡Debo ser invisible!

—Más bien, todo lo contrario —sonrió el inglés Nicholson—. Yo diría que una mujer como usted no puede pasar desapercibida.

—Oh… ¡Oh, bueno, entiendo! ¡Ahora comprendo porqué ninguno de ustedes se ha fijado en mí, en Neka! Quiero decir que aunque me hubiesen visto, no me habrían reconocido: Minello y yo nos compramos ropa barata, y nos dedicamos a mezclarnos entre la gente del pueblo… ¡Supongo que se puede decir que nos disfrazamos! —rió.

—Es una buena idea —asintió Wangel—. Es de esperar que, sea como sea, usted conseguirá unos reportajes que serán una obra maestra. Todos esperamos verlos, para aprender algo.

—Se burla usted de mí, señor Wangel.

—En absoluto —protestó, muy serio, el alemán—. ¡Claro que no me estoy burlando!

—En ese caso, es usted muy amable.

—Estamos sucios y cansados —dijo Nicholson—, pero no hemos podido esperar a cambiarnos para tomar un trago. ¿Nos acepta una copa, señorita Montfort?

—Se lo agradezco, pero tengo que cambiar unas impresiones con el señor Haast —le señaló, sentado solo a una mesa—, y puesto que él no se ha acercado a nosotros, debemos entender que quiere

hablar conmigo a solas.

—¿Me permite el segundo lugar en la cola? —pidió Nicholson.

Brigitte saludó con la mano, riendo.

—¡Hasta luego!

Se acercó a la mesa de Haast, que se puso en pie y acercó una silla. Brigitte se sentó, tomó un cigarrillo del paquete del holandés, y éste le ofreció la llamita del encendedor. Luego se sentó, y se quedó mirándola fijamente.

—¿Habló con Minello de lo de esta mañana? —preguntó.

—Evidentemente, esta tarde está usted en un plan desagradable, Van. No soy una estúpida, ni una persona que hace promesas a la ligera. Si les dije a usted y a… su amigo, que no le diría nada a Frankie, es porque pensaba cumplirlo.

—Lo siento de nuevo —farfulló Haast—. ¿Quizá la está esperando Minello en alguna parte?

—No. Salió a tomar fotografías por su cuenta e iniciativa. Se ha tomado esto muy en serio… Tanto, que estoy pensando que quizá, en efecto, pretenda que firmemos juntos mis artículos.

—Bueno, usted sabrá ponerle en su lugar, desde luego. ¿No tiene ningún compromiso para esta tarde, entonces?

—No. ¿Va a invitarme a cenar? —sonrió la divina.

—A decir verdad, algo así he estado pensando. Pero me gustaría más que nos reuniésemos en un ambiente más… íntimo. Quiero decir que si nuestros colegas no nos ven excesivamente juntos no tendrán por qué dudar de su clase.

—Muy acertado. Pero, Van, ¿por qué tenemos que encontrarnos los dos en un ambiente íntimo?

—Aparte de que por lo menos para mí sería muy agradable, creo que usted merece algunas explicaciones sobre lo de esta mañana.

—¡Ah, magnífico! Bien…, ¿adónde podríamos ir?

—Tengo un amigo aquí, en Oka, que dispone de una casita fuera de la ciudad. Mientras la esperaba, le he llamado por teléfono, y no ha tenido inconveniente en prestarme la casa. Ya debe haberse marchado, así que podríamos ir allá.

—De acuerdo. Cuando usted quiera, Van.

—He pensado que sería mejor que fuésemos por separado. Si nos ven salir juntos, comenzarían a pensar esas cosas que a usted le fastidian. Morka ha dejado la llave de la casa en un gran tiesto que

hay a la derecha de la entrada, entre las hojas de un helecho… En cuanto a mí, me he permitido dibujarle un plano para que localice la casa sin dificultad.

—¡Zambomba…!, como diría Frankie: ¡es usted un gran organizador, Van!

—Quisiera convencerla de lo muy serio que es todo esto, Brigitte. Y aparte, claro está —sonrió el holandés—, sería un bobo si no aprovechase la ocasión para disfrutar de su compañía, a solas.

Brigitte Montfort, la hipócrita Baby, simuló magníficamente una cierta vacilación. Por fin, asintió:

—Está bien. ¿Salgo yo primero?

—Sí —Haast sacó un papel doblado del bolsillo, lo desplegó, y lo colocó ante Brigitte—. Dígame si entiende el plano, pues de no ser así, le aclararía sus dudas.

Ella miró el plano atentamente durante tres o cuatro segundos, y luego sonrió.

—Ninguna duda. ¿Cuánto tardará usted?

—No sé… Un tiempo prudente, para que no relacionen mi marcha con la suya. ¿Le parece bien media hora? Mientras tanto, usted puede ver qué tiene Morka en la cocina. Yo sólo me he interesado por el champaña.

—¿Y tiene champaña su amigo?

—¡No! —rió Haast—. Pero yo me encargo de comprarlo. Llévese el plano, por si tuviese alguna duda, sobre la marcha.

—Muy bien —Brigitte guardó el plano en el maletín, lo cerró, y se puso en pie—. Hasta luego, Van.

—¡Adiós! —se despidió el holandés, también en pie.

La señorita Montfort abandonó el bar, tras saludar a sus restantes colegas. Van der Haast se acercó a la mesa de éstos, colocó una silla en un espacio, y se sentó.

—¿Algo interesante hoy, en Neka? —preguntó en inglés.

—Lo de siempre —negó Nicholson—. ¿Cómo no ha venido usted, Haast? ¿Quizá ha ido con Brigitte Montfort a algún otro sitio?

—¡Qué más quisiera yo! —suspiró Haast—. La verdad es que no tenía ganas de recorrer esas cuarenta millas, y me di una vuelta por los alrededores de Oka, con la esperanza de encontrar algo interesante. Todo en vano. La actualidad y el interés se centran

hacia el Sur, en Neka. Mañana volveré por allí.

—Nos ha parecido que ha intimado bastante con nuestra bellísima colega —deslizó Wangel—. Hasta el punto de que le ha entregado una misiva de amor.

—¿Una…? ¡Oh, esa parte del reportaje! Nada de misivas de amor: esa chica es seria como una piedra, para según qué cosas. Pero es amable. No ha tenido inconveniente en aceptar repasar una parte de mi reportaje sobre la que yo tengo algunas dudas.

—¿Quiere decir que le ha pedido consejo a ella?

—¿Por qué no? —Alzó las cejas, Haast—. Es una de las mejores periodistas del mundo, y me parecería una necedad no admitirlo. No creo que le dieran el Pulitzer por guapa, ¿verdad?

—Claro que no —negó Nicholson—. Yo he leído algunos trabajos de ella, y les aseguro que no necesitaba ser tan encantadora para conseguir el Pulitzer. Es una fuera de serie… Por cierto: ¿adónde ha ido ella, Haast?

—Ni idea. Me dijo que tenía que salir, eso es todo. Supongo que habrá ido a reunirse con Minello, no sé…

Capítulo VI

Detuvo el coche delante de la vieja casa que parecía más bien una elevación del terreno entre los árboles, tan idéntico era su color al de la tierra. Posiblemente habría destacado más, si hubiese estado a pleno sol, pero allí, entre los raquíticos árboles con escasísimas hojas que la marcaban con las sombras de sus troncos, era poco probable que llamase la atención.

Sin duda alguna, el lugar era discreto. Tanto, que la espía internacional, todavía dentro del coche, sonrió despectivamente. A fin de cuentas, ella siempre jugaba con ventaja. Siempre… Con la ventaja que le proporcionaba su cuerpo de líneas delicadas; tan esbelto, tan dulce, que nadie podía sospechar que bajo aquella casi frágil apariencia habían unos finos músculos de acero, conseguidos en más de quince años de judo…, y de lucha por la supervivencia.

«Aunque quizá me esté equivocando», pensó.

Salió del coche, a pleno sol, y estuvo mirando la casa y los alrededores, como dudando. El lugar no podía ser más solitario y tranquilo. Se pasó una mano por la frente, con el gesto de quien tiene calor. De pronto, dejó el maletín sobre el capó, y procedió a quitarse el vestido, suspirando de alivio acto seguido. Luego, tras otro instante de vacilación, se quitó los sujetadores, de modo que sus senos dorados aparecieron a la luz del sol, como si ésta se materializase en bellas formas.

Ya más fresca y satisfecha al parecer, tomó el maletín con la mano izquierda, colocó sobre la muñeca el vestido y los sujetadores, y caminó hacia la casa. La llave de ésta, en efecto, estaba donde había indicado Van der Haast. La introdujo en la cerradura, la hizo girar, y empujó la puerta.

Ni siquiera había dado un paso hacia el interior de la casa cuando supo ya que había alguien dentro. No vio nada, ni oyó nada aún, pero «supo» que había alguien allí. Es decir, que no se había

equivocado: la estaban esperando.

Tranquilamente, cerró la puerta, volviéndose. Y entonces, al cerrar la puerta, vio al hombre que estaba en un lado de ésta, empuñando una pistola con la que le apuntaba; casi al mismo tiempo que acababa de cerrar la puerta, vio al otro, que había estado oculto tras la hoja de madera.

—¡Oh! —gimió más que exclamó.

Los dos hombres estaban inmóviles, mirándola fijamente. En la penumbra de la casa, Brigitte vio el brillo perverso de aquellos pares de ojos que parecían de fieras, y tras el instante de «sobresalto», se apresuró a dejar en el suelo el maletín, y a ocultar sus senos con el vestido.

—¿Quiénes son ustedes? —Casi gritó, con voz aguda—. ¿Qué hacen aquí?

Uno de los hombres se acercó, y de un manotazo le arrancó el vestido de las manos.

—Está mejor así —jadeó el hombre, en inglés—. ¡Está mucho mejor así!

—¡No se acerque, no me toque…! —chilló Brigitte, «aterrada»—. ¡Salgan de aquí inme…!

La bofetada la empujó hacia atrás, y el otro la recibió en sus brazos, apresurándose a guardar la pistola y sujetándola desde atrás por los senos, apretándolos rabiosamente.

—Será mejor que se esté quieta, preciosa —susurró, con voz temblorosa, junto a su oído—. No sabe la suerte que ha tenido al desnudarse antes de entrar en la casa.

—Suélteme… ¡Por favor, suélteme! ¡No sé quiénes son, no sé qué quieren…! ¡No! ¡Nooo…! ¡Suélteme!

—Vamos a llevarla a la cama —jadeó el que la había golpeado —. Por mucho que grite, nadie va a oírla.

—No… —comenzó a sollozar Brigitte—. ¡No, por Dios, no, no, no…! ¡Estoy esperando a un hombre, él va a venir enseguida…!

El que la sujetaba por detrás emitió una risita, mientras la arrastraba hacia el interior de la casa. El otro se guardó también la pistola, y acercó ambas manos al cuerpo que parecía hecho de seda y de sol.

—Tranquilízate, preciosa. Haast no va a venir, por la sencilla razón de que sabe que vas a morir y ser enterrada donde jamás te

encontrarán. Lo que seguramente no sabe Haast es que eres tan hermosa… ¡Pero nosotros sí lo sabemos!

—¡No me toque! ¡No me toquen!

—No seas histérica. ¿No te das cuenta de que cualquier cosa es mejor que la muerte? ¡Y ya estarías muerta si no hubiésemos visto cuántas cosas buenas puedes ofrecernos! Gozaremos de…

El puño derecho de Brigitte golpeó, al parecer, sin demasiada fuerza, en el centro del pecho del hombre que tenía ante ella, con las manos tendidas hacia sus caderas. Fue un golpe de apariencia inofensiva, pero el hombre puso los ojos en blanco ante la eficacia del aterra, y cayó hacia atrás, como muerto.

El otro, todavía con las manos crispadas en los turgentes senos de la espía más peligrosa del mundo quedó un instante como paralizado, incapaz de reaccionar, debido a la sorpresa. Y en ese instante, se fraguó lo que había de ser para él una interesante experiencia: Brigitte metió su codo derecho entre su propio cuerpo y el brazo derecho del hombre, con lo que pareció que su brazo quedaba aprisionado, también, en el lúbrico abrazo; pero acto seguido, hizo subir el brazo con tal fuerza que desplazó el del hombre, alzándolo, llevándolo a su hombro derecho; con la mano izquierda asió la muñeca derecha del sujeto, y con la derecha, atenazó el brazo por encima del codo. Todo con tal rapidez que cuando el hombre quiso reaccionar ya era demasiado tarde…

Sacando la cadera derecha hacia este lado e inclinándose hacia delante, Baby proyectó al desconcertado asesino en un perfecto, e implacable *ippon seoi nage*, por encima de su cabeza. En pleno vuelo, el asesino lanzó un alarido de espanto, que se atragantó en su garganta cuando chocó fuertemente contra una pared, como un muñeco, y cayó de cabeza al suelo, donde rebotó, giró, y quedó sentado, con los ojos desorbitados, contemplando los miles de puntitos luminosos que danzaban en ellos.

Sacudió la cabeza, profirió una maldición, y llevó la mano hacia la pistola. En ese momento, recibía en plena frente el taconazo fortísimo que le tiró de nuevo contra la pared, donde rebotó de nuevo, cayendo hacia delante, para recibir el puntapié en plena garganta. Emitió un extraño ronquido, sus ojos se desorbitaron, y tras golpear una vez más con la cabeza contra la pared, cayó muerto a los pies de la agente Baby, que se inclinó, le quitó la

pistola, y se volvió hacia el otro, que yacía en el suelo cara al techo, rígido como si fuese una estatua, con los ojos abiertos.

Brigitte se acercó a él, le quitó también la pistola, y encogió los hombros.

Siempre con ventaja. Si había alguien en la casa, muy posiblemente los dos hombres que se habían llevado el cadáver del negro llamado Maro Sikuu, debían estar esperándola, mirando por la ventana, con órdenes de matarla. Pero había tratado ya con demasiados sujetos de aquella calaña, y sabía que si les mostraba tan completamente cuan hermosa era, tendrían pensamientos complementarios a su asesinato: ¿Por qué no gozar de ella, antes de matarla? Y así había sido. De modo que no habían disparado en el acto contra ella, sino que la habían dejado entrar viva en la casa…, que era lo que Brigitte quería, precisamente.

Del mismo modo que había querido aceptar la trampa de Van der Haast. Y a costa de mostrar su magnífica desnudez a dos desdichados, iba a conseguir lo que se había propuesto.

Se vistió rápidamente, ocultó las pistolas de los dos hombres, y sacó la suya del maletín. Luego, se acercó al que había golpeado en el pecho, y que continuaba bajo los efectos del experto *atemi* paralizante. Se acuclilló junto a él, y descargó un par de suaves golpes con la palma de la mano sobre el corazón. El hombre parpadeó; acto seguido emitió una especie de ronquido, y su pecho se llenó de aire; luego, sus ojos se volvieron hacia Brigitte, que le contemplaba fríamente.

—Su compañero está muerto —dijo ella—. Y usted no lo está porque quería tener vivo a uno de los dos. Me está oyendo perfectamente, supongo.

El hombre emitió algo parecido a un maullido, antes de poder musitar un «sí» apenas audible.

—Vaya a sentarse a una de esas sillas.

El hombre se incorporó. Cuando se puso en pie, parecía temer que sus huesos fuesen a romperse de un momento a otro, pero esto no sucedió. Se sentó en una silla. Brigitte lo hizo en otra, frente a él, y miró su relojito.

—¿Cuánto tardará Haast en llegar?

—No va a venir…

—Convinimos en que saldría del hotel, media hora después que

yo.

—Pero no vendrá. No quiere que puedan sospechar que se han visto fuera del hotel y que quizá pensasen que él tenía algo que ver con la desaparición de usted.

—Eso quiere decir que Haast ya no saldrá hoy, del hotel, para nada. Se quedará allá charlando con los periodistas, cenará en el hotel, y se retirará a su habitación. ¿Es así?

—Sí… Sí.

—Bien. Sería absurdo que me mintiese, porque en cuanto yo oiga la llegada de un coche ahí fuera, lo primero que haré será meterle una bala en la cabeza. ¿Está claro?

—Haast no va a venir.

—De acuerdo. Entonces, vamos a poder charlar con tranquilidad. ¿Cómo se llama usted?

—Handel… —Su mirada se desvió hacia el otro—. ¿Meersch está muerto, realmente?

—Sí.

—¿Quién es usted? —Se sobresaltó de pronto Handel—. ¿Cómo ha podido…?

—¿Vencer a dos cretinos? Ha sido muy fácil: me ha bastado un poco de experiencia con cerdos como usted y un par de golpes. En cuanto a quién soy yo, vamos a dejar mi biografía para otro momento…, si es que llega ese momento. Hablemos de Van der Haast. ¿Este es su verdadero nombre? ¿Es holandés?

—Sí.

—Pero no es periodista.

—No…

—¿Qué es? ¿Un mercenario?

Handel parpadeó, y se pasó la lengua por los labios. Todavía no acababa de admitir su situación; estaba convencido de que no era posible que una mujer saliese triunfadora de aquella situación. Ella tenía que cometer un descuido en algún momento… De pronto, se dio cuenta de que las azules pupilas estaban tan fijas en sus ojos como si estuviese perforándolos. Y vio la seca sonrisa en los sonrosados y turgentes labios.

—¿Es un mercenario? —insistió Brigitte—. ¿Un mercenario, a las órdenes de Nadiro Ma? Vamos, Handel, no sea estúpido. Olvide que antes parecía una jovencita asustada: estoy más acostumbrada

que usted a este tipo de conversación…, y siempre he conseguido toda la información que he exigido. ¿Es Haast un mercenario alquilado por Nadiro Ma?

—Sí.

—¿Para qué? ¿Qué están tramando?

—No lo sé.

La sonrisa volvió a aparecer en los labios de Brigitte. Una sonrisa que puso los pelos de punta a Handel.

—¿Se cree usted un hombre duro? —preguntó la espía—. Muy bien, yo no tengo inconveniente en comprobar su dureza. Puedo amputarle las orejas…, y algunas cosas más que sobresalen de su cuerpo. Es lo que se merece, a fin de cuentas. ¿Por dónde quiere que empecemos a cortar cosas, Handel?

—Le juro que no sé lo que están tramando Haast y Nadiro Ma —jadeó Handel—. ¡Yo sólo obedezco órdenes!

—Es posible. ¿Quién mató a Maro Sikuu? Quiero decir, al negro que estaba alojado en el Kambo-Kambo con el nombre de Suro Boniro. ¿Fue Haast?

—Sí… Sí, sí, fue él. Meersch y yo solamente nos lo llevamos de allí.

—Lo sé. ¿Por qué lo mató Haast?

—Dijo que, seguramente, era un espía de Sabaa.

—¿Y cómo llegó Haast a esa conclusión?

—Había visto a aquel negro en Sabaa, cuando estuvimos en Darville, la capital.

—Entiendo. ¿Estuvieron ustedes antes en Darville? ¿Para qué?

—Haast tenía que ver a un hombre, allá.

—¿Quién es ese hombre? ¡Vamos, vamos, no me obligue a preguntar tanto, Handel! ¡Diga lo que sepa, de una vez!

—El hombre se llama Kino Bonoo. Sé cuál es su número de teléfono, y que es un personaje bastante importante en Sabaa. Haast y él se entrevistaron, estuvieron hablando más de tres horas… Pero ni Meersch ni yo sabemos lo que hablaron. ¡No sé nada más!

—¿Cuántos hombres más como usted, tiene Haast en Oka?

—Sólo Meersch y yo. Los demás se quedaron en Sabaa. En total, Haast contrató a ocho de nosotros.

—Y se vino aquí con dos, nada más; dejando seis en Sabaa… Está bien. ¿Cuál es el teléfono de ese Kino Bonoo en Darville?

—El 68 91.

—El sesenta y ocho noventa y uno.

—Voy a creerle, Handel. Pero si cuando yo regrese de Sabaa, lo hago con el convencimiento de que me ha mentido, le mataré… ¿No tiene nada que añadir?

—No.

—¿Está esperando Haast la noticia de mi muerte?

—Sí.

Brigitte quedó pensativa, durante un par de minutos. Al no recibir Haast esa noticia, se alarmaría, naturalmente. ¿Qué haría entonces? ¿Escaparía? ¿Iría a ver a Nadiro Ma? ¿Se acercaría a la casa para ver qué había ocurrido? ¿O se limitaría a quedarse en el hotel, esperando pacientemente las noticias de Handel y Meersch? Tras mucho pensar, Baby decidió que lo que haría Haast sería quedarse en el hotel, a la expectativa… Al menos, hasta el día siguiente. Si para entonces no tenía noticias de sus hombres, algo tendría que hacer. ¿Escapar, sin enterarse de lo sucedido? No. ¿Ir a ver a Nadiro Ma, y decirle que había perdido el control de la situación y que no sabía nada de sus hombres ni de la señorita Montfort? No. Lo más probable, en realidad lo único que podía hacer, era acercarse a la casa para saber a qué atenerse.

Todavía pensativa, Brigitte miró hacia donde había dejado el maletín…, y Handel confundió su actitud pensativa con otra bien diferente: distracción. Lanzando un grito de triunfo, saltó hacia Brigitte, que le miró vivamente, respingando, incrédula ante la estupidez de aquel hombre.

Sólo tuvo que alzar el brazo y apretar el gatillo de la pistolita de cachas de madreperla. Sonó el apagado plof, el ahogado estertor de Handel, cuya cabeza pareció saltar de los hombros…, y Brigitte tuvo el tiempo justo de apartarse para evitar que el cadáver le cayese encima. Handel cayó sobre la silla, aplastándola, convirtiéndola en astillas y quedando de bruces sobre ella.

Tras mirarle unos instantes, Brigitte movió la cabeza, fue hacia el maletín, y sacó de él la radio de bolsillo, apretando en el acto el botón de llamada.

—¡Sí! —tronó la voz de Minello.

—Ya puedes venir.

Ni siquiera habían transcurrido diez segundos cuando se oyó en

el exterior el poderoso zumbido de una motocicleta. Por la ventana, Brigitte estuvo viendo a Minello hasta que éste detuvo la máquina y saltó, corriendo hacia la casa. Le abrió la puerta, dejándose ver, sonriendo. Minello se detuvo ante ella, tenso.

—¿Estás bien? —Casi gritó.

—Ya ves que sí, Frankie.

—¡Si has tardado tanto en llamarme, es porque algo ha ocurrido en esta casa! ¡Ya te dije que no era prudente que vinieses sola, pero como siempre, tú…!

—Las cosas han salido como yo quería, eso es todo. Así que haz el favor de calmarte. Entra la motocicleta en la casa. No quiero que sea vista.

Minello entró la máquina en la casa, y Brigitte cerró la puerta. Cuando miró a Frank, éste contemplaba los cadáveres de los dos hombres tendidos en el suelo. Se volvió a mirar a Brigitte, pálido.

—Eres una insensata —casi tartamudeó—. ¡Si sospechabas algo así, razón de más para que yo viniese contigo!

—Si hubieses venido conmigo, todo habría sido muy diferente. En primer lugar, no dispondría de la información que he conseguido. Pero no discutamos, Frankie, porque tengo muchas cosas que hacer.

—Querrás decir que «tenemos» muchas cosas que hacer.

—Sí… Pero cada uno por un lado. Escúchame atentamente, Frankie…

Capítulo VII

Debían ser cerca de las once de la noche cuando Kino Bonoo, despidió a sus invitados. Todos ellos, hombres. Seis hombres que habían llegado hacía más de una hora, y que se habían instalado cómodamente en la sala de la casa de Bonoo, dedicándose a beber, a fumar, dejándolo todo lleno de colillas, y a escuchar muy atentamente las instrucciones del negro. Seis hombres de raza blanca, de mirada fría, rostros duros e inexpresivos, que aceptaban, con toda naturalidad, la dirección de un hombre negro.

Finalmente, todo quedó comprendido y convenido, y los seis mercenarios abandonaron la casa. Kino Bonoo cerró la puerta, regresó a la sala, y contempló con el ceño fruncido el desordenado aspecto que ofrecía: colillas, botellas y vasos vacíos, restos de bocadillos…

Bonoo era un hombre limpio, pulcrísimo. Le disgustaba ver tan revuelto el lugar, pero acabó por encoger los hombros. A fin de que sus sirvientes no viesen a aquellos hombres, los había enviado fuera de casa aquella noche, pero eso no significaba que él tuviese que dedicarse a limpiar. Ya lo harían los sirvientes, por la mañana, cuando regresasen.

Apagó la luz de la sala, salió al vestíbulo, y subió la escalera hacia los dormitorios. Entró en el suyo, se desnudó, y antes de tirar la ropa al rincón donde solía hacerlo para indicar que debían ser lavadas, las olió. Era de esperar. Tanto tiempo encerrado y con tantos hombres fumando y bebiendo, no olía bien ni él mismo.

Kino Bonoo era un hombre alto, delgado, de complexión atlética y hermosa, de unos treinta y cinco años. A esa edad, era comandante de las Fuerzas Aéreas de Sabaa, puesto que había conseguido gracias a su inteligencia y conocimientos, sin lugar a dudas. Pero, también, porque era un hombre muy cuidadoso de su persona, de tal modo que mientras estuvieron en Sabaa los mandos

militares de la metrópoli, Bonoo se hizo apreciar también por su eterno buen aspecto, limpio e inodoro. Y una de las muchas cosas buenas que tiene la higiene, es que uno se acostumbra fácilmente a ella.

Así pues, antes de acostarse, Bonoo decidió tomar un baño, cosa que hacía con harta frecuencia. Fue al cuarto de baño, abrió el grifo del agua caliente de la bañera, y regresó al dormitorio, para sacar del armario un pijama limpio…

Se quedó con él en las manos, inmóvil, pensativo. Alegremente pensativo. Si todo salía bien, dentro de muy poco ya no sería el comandante Bonoo, sino el general Bonoo… General Kino Bonoo. General Kino Bonoo. General Kino Bonoo… Sonaba tan bien, que estuvo casi un minuto repitiéndoselo, sonriente.

De pronto, recordó el baño. Cerró el armario, y entró de nuevo en el cuarto de baño. La bañera estaba ya casi llena. Se metió en ella, experimentando el placer de siempre. Había que progresar. Había que subir, subir, subir… Hacía ya mucho tiempo que Kino Bonoo había comprendido que el hombre negro no es, en absoluto, inferior al blanco, siempre en líneas generales. Hay negros tontos, pero hay también blancos tontísimos. Mano a mano, compañero. Lo que ocurría con el hombre negro era que, también en líneas generales, disponía de oportunidades muy inferiores a las del hombre blanco; pero, en cuanto un negro conseguía las mismas oportunidades, su cerebro comenzaba a funcionar adecuadamente.

Como el suyo. Él se había introducido en la ruta de las grandes posibilidades, y ciertamente, no pensaba desaprovechar la ocasión. Una ocasión como aquélla, sólo se presenta una vez en la vida, y sólo siendo en verdad tonto, se podía desperdiciar.

Y él no era tonto.

Él era muy…

Kino Bonoo miró sorprendido hacia la puerta del cuarto de baño, que él había dejado casi cerrada, y que se estaba abriendo. Acto seguido, quedó estupefacto. Estupefacto como nunca en su vida, contemplando con los ojos muy abiertos a la hermosísima negra de cuerpo magnífico y piel de seda que destacaba con el vestido de color dorado. Por un instante, Bonoo creyó que estaba contemplando una alucinación de su mente, que sólo en ésta existía la negra más hermosa y bien formada que había visto en su vida.

Sólo un instante, porque la negra entró en el cuarto de baño, sonriendo.

—Buenas noches, señor Bonoo —saludó, en francés.

Kino tardó todavía un par de segundos en poder cerrar la boca. Luego parpadeó.

—¿Quién es usted? —exclamó—. ¿De dónde sale?

—No salgo: entro.

—Pero… ¿qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado?

La magnífica negra acercó el taburete de baño, se sentó, introdujo dos deditos entre los senos, y sacó una diminuta pistola, con la que apuntó a Bonoo, tranquilamente, mientras tras el respingo, el negro la contemplaba ahora con ojos muy abiertos, alarmado.

—¿Qué va a hacer? —jadeó.

—Siga bañándose tranquilamente —apaciguó la negrita de los grandísimos ojos—. Todo lo que quiero, es charlar unos minutos con usted.

—Pero… ¡esto es absurdo!

—¿Por qué? —se sorprendió la negrita.

—Pues… ¿Quiere hablar conmigo? Está bien: salga del cuarto de baño y en seguida me reúno con usted.

—Deje de preocuparse por esos nimios detalles, señor Bonoo, Un hombre desnudo no es un espectáculo excepcional. Por otra parte, me gustan las personas limpias. Dígame una cosa: esos seis hombres que han salido de su casa… ¿son los amigos de Van der Haast?

Bonoo quedó de nuevo un instante con la boca abierta. Luego entornó los ojos, y estudió, con más serenidad a su visitante.

—¿Conoce usted a Haast? —murmuró.

—Así es.

—¿La envía él?

—No exactamente. En realidad, yo estaba esta tarde en Oka, pero ciertos acontecimientos me han obligado a viajar hasta Darville, Sabaa, en busca de usted. Sabía su nombre y su número de teléfono, así que localicé su dirección en el listín telefónico. Y todo ello, para charlar con usted.

—¿Quién le ha facilitado mi nombre y número de teléfono?

—Un amigo de Haast llamado Handel. ¿Lo conoce?

—Sí… ¿Quién es usted?

—Mabua Luna. ¿Ha oído hablar de mí?

—No… No.

—Yo sí de usted. De donde se desprende que yo no soy importante y que usted sí lo es. Por lo tanto, hablaremos de usted, no de mí. ¿Quién es usted exactamente, señor Bonoo?

—Comandante Bonoo, de las Fuerzas Aéreas… Supongo que eso lo dice todo.

—Casi todo. ¿Qué es lo que están tramando usted, Haast…, y el presidente de Maokambo Nadiro Ma?

La expresión de alarma volvió a aparecer en los ojos de Bonoo.

—No sé de qué habla usted —susurró.

—¿Conoce a un hombre llamado Maro Sikuu?

—No.

—Ese era su verdadero nombre. Haast lo mató, porque Maro Sikuu lo había visto en Sabaa, lo siguió hasta Oka, y se alojó en su mismo hotel, con el nombre de Suro Boniro, ciudadano kabangeño. Tengo la certeza de que Haast mató a Sikuu porque temía que éste hubiese descubierto algo; posiblemente, sus contactos con usted. Contactos reales, no intente negarlo, ya que Handel lo ha confirmado. A su vez, Haast está en contacto con el presidente Nadiro Ma, que, en estos momentos, es un enemigo en potencia de Sabaa. Sin embargo, usted está en tratos con Haast y sus mercenarios, y Haast está en contacto con Nadiro Ma. Así que se impone insistir en la pregunta: ¿Qué están tramando ustedes tres? Por supuesto, es algo relacionado con La Marcha Negra hacia Sabaa, pero… ¿qué es ello? ¿Qué traman?

—Usted está loca si cree que voy a contestar a esa pregunta.

—Y usted está loco si cree que va a salir vivo de esa bañera si no contesta a mi pregunta. ¿Cuál de los dos le parece más loco, comandante Bonoo?

—No se atreverá a disparar.

—Antes que usted, unos cuantos imbéciles pensaron lo mismo. Todos ellos están muertos. Sea juicioso, comandante.

—No pienso decirle nada.

Mabua Luna frunció el ceño. Acto seguido, sin alterarse, apretó el gatillo de su pistolita que parecía de juguete. Pero no lo era. La bala salió con un apagado plof, chascó al penetrar en el agua, y fue a clavarse en el costado izquierdo de Kino Bonoo, que lanzó un

alarido e inició un salto para ponerse en pie en la bañera. Sólo pudo incorporarse a medias, porque recibió un golpe en un lado del cuello propinado por Baby con la mano izquierda, dura como piedra, en ese momento.

Bonoo chocó de lado contra la pared del lado izquierdo de la bañera, resbaló en ésta, y se sumergió un instante, salpicando abundante agua a todos lados. Pero Mabua Luna ni siquiera parpadeó cuando fue alcanzada por parte de las salpicaduras, así que cuando Bonoo sacó apresuradamente la cabeza, agarrándose a los bordes para sentarse, ella le contemplaba fijamente, inmóvil, impertérrita… Y todavía estaba jadeando y escupiendo agua Bonoo, cuando Mabua Luna, volvió a disparar.

Esta vez, la bala dio en el hombro derecho de Bonoo, que volvió a gritar, se estremeció…, y quedó quieto en seguida, contemplando con expresión desorbitada a la negra, que señaló el agua con indiferencia.

—A este paso, acabará usted dándose un baño en su propia sangre. ¿Seguimos?

—No… ¡No!

—De acuerdo. Cuanto antes terminemos la conversación, antes podrá usted cuidar sus heridas. ¿Qué están tramando?

—Me… me estoy desangrando…

—No sea llorón, Un hombre como usted, tiene sangre de sobras para soportar esa pequeña pérdida. Conteste a mi pregunta. ¿Cuál es el trato entre usted, Haast y Nadiro Ma?

—Provocar… la guerra entre Maokambo y Sabaa.

—¿De qué modo? —susurró Mabua Luna.

—Mañana al amanecer, los maokambos de La Marcha Negra cruzarán la frontera entre Maokambo y Sabaa… Inmediatamente, serán, atacados.

—¿Inmediatamente? ¿Apenas cruzar la frontera? Eso no es posible: las líneas de contención sabaanas están entre la frontera y el río Nimaro, no en la misma frontera. Eso quiere decir que, antes de que La Marcha Negra fuese repelida, debería recorrer unos diez kilómetros, no apenas cruzasen la frontera. ¿No es así?

—Sí… Esto es lo que se ha dicho oficialmente, y lo que, en realidad, tienen órdenes de hacer nuestras fuerzas armadas. Pero yo sé que los maokambos no llegarán a tiro de nuestras líneas

defensivas. Simplemente, entrarán en territorio sabaano, y se instalarán allí, pacíficamente.

—En cuyo caso, al no tener que disparar los sabaanos, no habría guerra, aunque La Marcha Negra cruzase la frontera. Pero lo que pretenden ustedes es que sí haya guerra, así que los patriotas maokambos que crucen la frontera serán atacados… ¿Quiere eso decir que el ejército sabaano ha recibido contraorden, que van a adelantar sus líneas…?

—No… —Tragó saliva Kino Bonoo—. Todo lo referente a las disposiciones militares de Sabaa seguirá igual. Pero en cuanto La Marcha Negra cruce la frontera, serán… atacados y bombardeados por… por seis aviones de las Fuerzas Aéreas de Sabaa.

—¿Significa eso que usted ha sublevado a las Fuerzas Aéreas para que cometan esa atrocidad?

—No… No, no.

—¿Entonces…?

—Yo he… conseguido seis cazas de las Fuerzas Aéreas, y con el pretexto de unas maniobras, los tengo… camuflados en determinado lugar. Los hombres de Haast irán allá, y utilizarán esos aviones para el bombardeo de las gentes de Maokambo…, en cuanto crucen la frontera.

—En cuyo caso —se tensó la voz de Mabua Luna—, morirán cientos, quizá miles de personas, y la guerra estallará. Las tropas que acompañan a La Marcha Negra entrarán en acción, invadirán formalmente Sabaa, serán recibidos por las fuerzas armadas acampadas entre la frontera y el río Nimaro, Maokambo enviará, también, aviones a bombardear pueblos y ciudades, de Sabaa…, y Sabaa enviará aviones a su vez contra Maokambo…

—Sí.

—Guerra total. Pero ¿por qué hace eso Nadiro Ma?

—Por varias razones.

—Dígame algunas.

—Estoy perdiendo mucha sangre. Con el agua caliente, la sangre circula con más fluidez, y me… me voy a desangrar si no me tapono las heridas.

Mabua Luna apuntó a la cabeza de Kino Bonoo con su pistolita.

—Ya le he dicho que no saldrá de aquí hasta que yo sepa «todo» lo que quiero saber.

Bonoo contempló con expresión cada vez más asustada el denso tono rojo que iba tomando el agua caliente al diluirse en ella su sangre, que no cesaba de fluir.

—Nadiro Ma quiere… quiere que los integrantes de La Marcha Negra, mueran. Cuantos más, mejor. Son la escoria del país; sólo ocasionan gastos y preocupaciones. Al mismo tiempo que se desembaraza de muchos de ellos, tendrá el pretexto para invadir Sabaa, de modo que se apoderará del país, y por lo tanto, de los yacimientos de cobre que hay en las montañas, y que todavía no han sido revelados. Con el cobre, y con los fosfatos del Sur de Sabaa, y teniendo todo el río Nimaro a su disposición, convertirá los dos países en uno solo, más rico, del cual será prácticamente el propietario.

—Pero todo eso sólo sucederá si Maokambo gana la guerra. Y eso no puede darlo por seguro Nadiro Ma. ¿Qué pasará con él, si la pierde?

—No la perderá… Nadiro Ma está muy bien respaldado por un poderoso país que, en cuanto se inicie la guerra, enviaría ayuda militar a Maokambo. Según Haast, ese país apoyaría a Nadiro Ma a cambio de la explotación del cobre y de los fosfatos, y de unas bases militares, permanentes, en la costa… Por eso, Nadiro Ma quiere provocar la guerra: sabe que la ganará, con la ayuda militar de ese país que…

—¿Qué país?

—No lo sé. Tampoco Haast lo sabe. Nadiro Ma lo contrató para preparar la agresión con los aviones, pero no le dio más explicaciones. Le ofreció a Haast dos millones y medio de dólares, que debía utilizar en pagarme a mí y en otros gastos, aparte de su parte y la de sus hombres.

—¿Y cuál es su parte, comandante?

—Doscientos cincuenta mil dólares…, y la promesa de Nadiro Ma de nombrarme general de las Fuerzas Aéreas, cuando todo hubiese terminado a su favor.

—¿Dónde están esos seis aviones?

—Los hombres de Haast deben estar llegando allá. Despegarán en seguida, e irán a esperar el amanecer no sé dónde…

—¿Quiere decir que ya no podemos detener esos aviones? —Casi gritó Mabua Luna.

—No… Ya no. Les di antes las últimas instrucciones. Se esconderán, aprovechando la oscuridad, y despegarán de nuevo antes del amanecer… Ya nada ni nadie puede detenerlos.

Mabua Luna miró su relojito, y luego se pasó una mano por la frente.

—Dios… ¡Santo Dios! —exclamó, en inglés.

Se dio cuenta del sobresalto y la sorpresa de Bonoo, pero no le hizo el menor caso. Estaba buscando desesperadamente una solución… Si llevaba a Bonoo a presencia del presidente Marc Akako, de Sabaa, seguramente podría convencerlo para que enviase más aviones en busca de los que se disponían a pilotar los mercenarios de Haast. Pero de noche, no podrían verlos. Sólo los verían al amanecer, y entonces, sí, podrían salirles al encuentro, para derribarlos… Pero si hacían eso, muchos de los componentes de La Marcha Negra podrían resultar heridos o muertos. Alguno de los cazas asesinos podría llegar hasta la Marcha, bombardearla, incluso estando todavía en territorio maokambo, buscando la provocación fuese como fuese. De todos modos, La Marcha Negra sería diezmada, el espacio aéreo de Maokambo invadido… ¿Consecuencias?: la inmediata réplica de los maokambos, por supuesto siguiendo las severísimas órdenes en este sentido del instigador de todo: Nadiro Ma. Y si no podía…

—Tengo que salir de aquí… —pidió Kino Bonoo—. ¡Y no puedo perder más sangre!

Mabua Luna lo miró, como sorprendida, como si en lugar de un hombre estuviese contemplando el más extraño bicho viviente del planeta Tierra. Suspiró, asintió con la cabeza, y se puso en pie.

—Está bien, salga.

Kino Bonoo se apresuró a salir de la bañera, y señaló con el brazo sano un armarito de pared.

—Tengo ahí algunas cosas para curarme las heridas.

—Hágalo. Y de prisa. Todavía no sé qué vamos a hacer, pero algo haremos… Espere: quiero echar un vistazo a ese armarito.

No había nada peligroso dentro del armarito. Solamente gasas, vendas, máquina eléctrica de afeitar, loción, peine… Mabua Luna se apartó.

—No se entretenga… Y si está esperando que le ayude, pierde el tiempo. Arrégleselas como pueda, a toda prisa, y salgamos de aquí.

Bonoo no contestó. Se acercó al armarito, y sacó gasas y vendas, que fue dejando sobre el lavabo. Con la cabeza inclinada, pero alzados los párpados, veía a Mabua Luna en la puerta, esperándole, sin perderle de vista…

—¡Vamos, vamos! —le apresuró ella.

Kino Bonoo bajó los párpados, mirando las vendas, y, de reojo, el enchufe donde conectaba diariamente su máquina de afeitar. Estaba a su derecha, al final del hilo eléctrico recubierto de tubo aislante. Bonoo no estaba, ni mucho menos, tan decaído como en todo momento había pretendido hacer creer a Mabua Luna, y en su mente, el plan estalló como una vivida luz: sólo tenía que acercar descuidadamente la mano al enchufe, agarrarlo, y dar un fuerte tirón; podía conseguir que los plomos de la casa se fundieran, todas las luces se apagarían… Y en la oscuridad, él le enseñaría a aquella mujer…

No lo pensó más. Acercó la mano al enchufe, lo asió, y dio un fortísimo tirón, saltando hacia atrás. Brotó un chispazo azulado, y solamente la luz del cuarto de baño se apagó al instante. En la puerta del cuarto de baño, Mabua Luna lanzó una exclamación, saltó hacia el exterior, y al mismo tiempo disparó.

A la brevísima luz anaranjada del disparo, vio fugazmente a Kino Bonoo; oyó el respingo de éste, oyó en el suelo los pesados golpes de sus pies, alejándose hacia el fondo del cuarto de baño, sin duda empujado por la bala… En seguida, oyó el chapoteo en el agua.

Y al instante, apareció una luz azulada, intensa como un relámpago, y oyó el atroz alarido brevísimo de Kino Bonoo, mientras lo veía todavía agarrado al cordón eléctrico que acababa de arrancar, como queriendo conservar el equilibrio gracias a él… La descarga eléctrica hizo saltar a Bonoo dentro de la bañera, donde todavía persistió, un instante, aquel relámpago azul. Y entonces, sí se apagaron las luces de toda la casa.

Durante unos segundos, Mabua Luna permaneció inmóvil, como si también ella hubiese quedado paralizada por la descarga eléctrica. Luego entró en el cuarto de baño, directa hacia la bañera, y tanteando con la mano izquierda, tocó el cuerpo de Kino Bonoo. Deslizó la mano hacia el corazón, y la mantuvo allí unos segundos.

La voz de Mabua Luna sonó en la oscuridad:

—Es bien cierto que cada cual recibe lo que merece… Y tú merecías la silla eléctrica.

A tientas, salió del cuarto de baño.

Media hora más tarde, se reunía con el capitán Kinoro, en las afueras de Darville. Inmediatamente, emprendían el regreso hacia Maokambo, en el helicóptero, apagadas todas las luces de éste. Sólo una vez aparecieron bajo ellos las luces de dos potentes reflectores, pero Kinoro se las arregló para escabullirse hábilmente de ellas, con el único inconveniente de perder un minuto de vuelo.

Hacia la una y cuarto de la madrugada, el helicóptero tomaba tierra, ya en Maokambo, cerca de donde Mabua Luna había dejado el coche. Con éste, viajó a toda velocidad por las solitarias carreteras, de modo que, sólo quince minutos más tarde, llegaba a la casa donde había dejado esperando a Frank Minello por si Haast aparecía por allí.

A su señal con las luces del coche, la puerta de la casa se abrió, y apareció la silueta de Minello.

—¡Puedes venir, todo está bien, Brigitte! —Oyó su voz.

Ni por un instante se le ocurrió que pudiese tratarse de una trampa de Haast, utilizando a Minello amenazándolo con un arma. Antes de hacer eso, Frank, Minello habría preferido morir mil veces.

Y en efecto, no había peligro alguno en la casa. Los cadáveres de Meersch y Handel ya no estaban allí, así que Frankie había cumplido su parte.

—Haast no ha venido, claro.

—No. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Regular. Frankie, va a ocurrir algo horrible en cuanto amanezca, si nosotros no lo impedimos.

—¿Qué va a ocurrir?

Brigitte lo explicó rápidamente. Minello quedó pálido como un cadáver, contemplando con expresión aterrada a la bella negra Mabua Luna.

—Pero ¿qué podemos hacer? ¡Nosotros solos no podemos detener seis aviones, ni…! ¡Habría que avisar a tus Simones, a la CIA! ¡Ellos sí que tendrán medios para…!

—No… No, Frankie.

—¿Por qué no?

—Porque se me ha ocurrido algo, mientras volaba con el capitán

kinoro hacia aquí… Y preferiría no mezclar a la CIA en esto.
Minello frunció el ceño.
—No sé si me estás engañando… —murmuró—. ¿Realmente Kinoro y su helicóptero no son de la CIA? Sé que nunca harías nada que pudiese herirme, Brigitte, pero a veces haces cosas muy raras, sin dar explicaciones, y pienso que…
—¡Todo esto no tiene nada que ver con la CIA! Al menos —bajó Brigitte la voz—, en lo que a mí se refiere.
—¿En lo que a ti se refiere? ¿Qué quieres decir?
—Quiero decir, exactamente, que yo no sé si la CIA está interviniendo o no en todo esto. ¿Recuerdas lo que te conté hace algo más de un año respecto al país llamado Mombia, y su rey, el joven llamado Niango Nongasa?
—¡Claro! Fue todo aquel divertido asunto del monstruo del lago Ngar, ¿no es así?
—Exactamente. ¿Y qué país limita al Norte con Maokambo?
—Al Norte limita Maokambo con… ¡con Mombia! Pero no comprendo lo que quieres decir… ¿El capitán Kinoro es de Mombia?
—Exactamente. Mi amigo, el joven rey Niango Nongasa, se apresuró a facilitármelo todo cuanto le notifiqué que iba a venir a Maokambo. Por eso disponemos de coche, encontramos habitaciones en el hotel, tenemos un helicóptero y permiso para volar por el país… El embajador de Mombia en Oka habló con el Ministerio de Negocios Exteriores de Maokambo, insistiendo en que la señorita Montfort era persona muy grata en Mombia, y que ésta vería con muy buenos ojos que en Maokambo fuese atendida como una visitante de privilegio. De ahí viene todo. Como ves, la CIA no me ha estado ayudando en nada.
Una vez más, Frank Minello demostró que por muy tonto que gustase de parecer en ocasiones, no lo era en lo más mínimo:
—¿Quieres decir que tú no has tenido contacto con la CIA…, pero que es posible que la CIA esté operando aquí?
—Podría ser —murmuró Brigitte.
—Por todos los… ¡Estás sugiriendo que ese país que apoyaría a Nadiro Ma puede ser Estados Unidos!
—¿Por qué no?
Minello se dejó caer en un sillón, anonadado. Estuvo así unos

segundos, incapaz de reaccionar. Por fin, musitó:

—Pe… pero…, pero podría… ser otro… ¡Rusia! ¿Qué me dices de Rusia, eh? ¡Claro que tiene que ser Rusia! ¿Verdad que sí?

—Frankie, no te ofusques. Puede ser Rusia, pero también puede ser Estados Unidos. Yo soy tan patriota como tú, pero eso no me impide ver las cosas como son. Sea el país que sea, está fraguando una de las grandes suciedades de la Historia.

—¿Y si es Estados Unidos? —Casi gimió Minello.

—Ningún país tiene derecho a provocar la guerra en otro.

—¿Qué piensas hacer? ¿Cómo vamos a saber qué país es el que apoyaría a Nadiro Ma? ¿Y… qué haremos, si es Estados Unidos?

—No lo sé. Sólo hay una persona a nuestro alcance que puede decirnos la verdad con la suficiente rapidez: Nadiro Ma.

—¿Vamos a matarlo, por fin?

—No. Se me ha ocurrido algo mucho mejor. Vamos a realizar una operación… muy delicada, Frankie. Durante todo el tiempo que dure, hablaremos en italiano. Recuérdalo bien; ni una sola palabra en otro idioma que no sea italiano. Lo hablas muchísimo mejor que yo, así que no tendrás ninguna dificultad. Y ahora…

Capítulo VIII

Los dos soldados de guardia en las verjas de entrada a la hermosa casa situada entre altos árboles llegaron a toda prisa ante las grandes puertas de hierro, preparados para disparar sus fusiles automáticos.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó uno de ellos.

—No sé… He oído un golpe contra una de las rejas, como si hubiesen…

Ya no dijo nada más. Notó un suave golpecito de algo frío en un lado de la cara, y al instante, quedó dormido, cayendo como un poste hacía su compañero, que apenas tuvo tiempo de abrir la boca para preguntar qué le ocurría, porque, a su vez, quedó también fulminantemente dormido. Y así, como abrazándose, los dos cayeron al suelo, víctimas de la primera cápsula de gas narcótico.

Diez o doce segundos después, un par de sombras aparecían en lo alto del muro, a unos quince metros de las verjas. Con ágil salto, ambos intrusos cayeron dentro del jardín, uno de ellos empuñando un objeto delgado y largo, ligeramente reluciente.

—Se han dormido como marmotas…

—Ssst. Hay varios más, Frankie.

Por el delgado tubo-fusil, Baby introdujo otra cápsula de gas narcótico. Luego, muy despacio, fueron acercándose a la casa, siempre entre las sombras. En el gran pórtico de la casa había encendidos un par de faroles, que esparcían su amarillenta luz hacia el jardín. Allí mismo, delante de la puerta había otro soldado, de pie, muy marcial, con el fusil automático cruzado ante el pecho.

—Tira otra piedra —susurró Brigitte.

Minello buscó a tientas, encontró una piedra, y la tiró hacia la casa, a la derecha del soldado, entre unos arbustos. Cuando la piedra cayó, el soldado se irguió vivamente, y se volvió hacia el sitio donde habíase producido el ruido. Preguntó algo en su idioma.

Inmediatamente, comenzó a dar gritos, que atrajeron a cuatro soldados más, desde otros tantos puntos del jardín. En cuestión de segundos, aparecieron otros dos, que se unieron a los primeros y en tomo al de la puerta, que señalaba los arbustos.

Minello miró a Brigitte, y la vio con el tubo-fusil colocado ante la cara, apuntando... ¡Zuuurnmm!, se oyó suavísimo el zumbido. Ante los arbustos, uno de los soldados se movió sobresaltado..., y al instante siguiente caía fulminado, seguido rápidamente por los demás.

—¡Zambomba! —masculló Minello.

—Deben haber más dentro de la casa. Todavía me quedan ocho cápsulas, pero no podemos desperdiciarlas... ¡Cuidado!

La puerta de la casa se había abierto, y apareció un oficial. Al no ver al centinela de puerta, miró, sorprendido, a ambos lados. Lanzó una exclamación, se volvió hacia el interior de la casa gritando algo, y echó a correr hacia los centinelas caídos delante de los arbustos que crecían junto a la pared. Todavía no había llegado allí cuando apareció otro oficial, que Brigitte identificó como el comandante que la llevara a presencia de Nadiro Ma. Detrás, cuatro soldados más, todos empuñando fusiles automáticos. El que más gritaba era el joven capitán, vuelto hacia los demás, haciéndoles señas...

Brigitte apuntó, de nuevo, con el tubo-fusil recién cargado, esta vez con dos ampollas, y apuntó hacia el capitán, que se había arrodillado junto a los soldados caídos. Esperó a que los demás llegasen, y apretó el disparador de lo que parecía un secador de cabello a pilas, pero que, ensamblado al tubo formado por las tres patas del trípode de aluminio, completaba la sencilla y eficaz arma.

Un segundo después de disparar las dos cápsulas, otros seis hombres caían dormidos de modo, fulminante, sin tiempo a darse cuenta, siquiera, de lo que les estaba ocurriendo.

Brigitte y Minello permanecieron silenciosos, esperando durante un par de minutos. Nada sucedió... Y era como si nada hubiese sucedido. Brigitte aspiró hondo, y se incorporó, imitada en el acto por Minello.

—Ve a buscar el coche, Frankie. Las llaves de las verjas las debe tener uno de los soldados, o quizá uno de los oficiales.

—¿No sería mejor que entrase contigo...?

—No. Ya no hay nada que temer.

—Pero…

—Haz lo que te digo.

—Sí. ¿Crees que lo vas a conseguir?

—Será mejor para Nadiro Ma, que reaccione como yo espero. Si no es así, tendremos que buscar otra solución, en menos de tres horas. Date prisa.

Minello echó a correr hacia las verjas, y Brigitte lo hizo hacia la casa, llevando el maletín en una mano y el tubo-fusil en la otra. Tenían, los dos, muchas cosas que hacer…, y muy poco tiempo. Luego llegaría el momento decisivo, cuando se enfrentase a Nadiro Ma.

* * *

Nadiro Ma abrió los ojos, y se quedó mirando aquella parte del dormitorio, todavía medio dormido, con una gran pesadez en la cabeza. Dé pronto, parpadeó. La luz estaba encendida… ¿Por qué?

Se volvió hacia el otro lado de la cama, empezando a preguntar:

—Nirmay, ¿qué te…?

Pero en la cama, junto a él, no estaba su joven esposa. Aquella parte de la cama estaba vacía. En cambio, sentada en una de las butaquitas del dormitorio, cerca de la cama, había una negra espléndida, de grandes ojos oscuros y piernas magníficas, que le contemplaba inexpresivamente; tenía cruzadas las piernas, y sostenía un cigarrillo entre los dedos de la mano izquierda. En la derecha, una pistola.

Tras el primer instante de estupor, Nadiro Ma se sentó velozmente en la cama.

—¿Quién es usted? —exclamó; miró a todos lados, y llamó—: ¡Nirmay! ¡Nirm…!

—Su esposa no está en la casa, señor presidente —dijo la negra en francés.

—¿Dónde está? ¿Quién es usted? ¿Qué significa esto?

—Significa que su esposa, sus dos sirvientas, y los nueve hijos de usted, han sido secuestrados. Esta respuesta sirve para sus tres preguntas, me parece.

El negro rostro de Nadiro Ma perdió, visiblemente, muy buena

parte de color. Se quedó mirando, con expresión desencajada, a la negra. Había algo familiar en ella, algo… indefinible. Pero no. No conocía a aquella hermosa mujer de boca un poco abultada, nariz discretamente ancha, pómulos altos y llenos, ojos negrísimos que le contemplaban con frialdad estremecedora… ¿O sí la conocía? No… No, no la había visto nunca, no…

—¿Quién es usted? —insistió, con voz aguda—. ¿Qué se propone?

—Me llamo Mabua Luna, y soy… representante exclusiva y universal de los derechos de La Marcha Negra.

—¿Qué… qué…? ¡Usted está loca! ¡Guardias! —vociferó—. ¡Guardias!

—No se canse, señor presidente. Todos sus guardias están despertando, ahora, seguramente, como usted. Pero han sido trasladados al sótano, y encerrados allí, muy bien atados de pies y manos y amordazados. No podrán ayudarle.

Nadiro Ma la miró, como dispuesto a saltar sobre ella. De pronto, salió de la cama, y dio un tirón al cajón de la mesita de noche, con la mano izquierda, metiendo rápidamente la mano derecha dentro… Sus dedos se cerraron en el vacío.

—La pistola ha sido requisada —dijo, muy serenamente, Mabua Luna—. Si lo desea, puede ir a comprobar la ausencia de sus hijos y su cuarta esposa. Invierta en ello no más de un minuto, y luego vuelva aquí, pues tenemos que hablar, y no es tiempo lo que nos sobra. Evidentemente, tiene usted ocasión de escapar, pero no se lo aconsejo si quiere volver a ver vivos a sus hijos.

Nadiro Ma salió corriendo del dormitorio… Regresó tan sólo medio minuto más tarde, de nuevo desencajado el rostro de un lívido color amoratado. Se dejó caer en otra butaquita, se pasó las manos por la cara, y suspiró.

—¿Qué quiere usted? —susurró, sin mirar a la negra.

—Ante todo, voy a decirle que conozco todo su plan. He estado esta misma noche en Darvillé, y allá he sostenido una entrevista de trágico final con Kino Bonoo. ¿Me comprende usted, cuando le digo que lo sé todo?

Ma se pasó la lengua por los labios, y alzó la mirada.

—Sí.

—De acuerdo. Ahora, descuelgue ese teléfono —Mabua señaló el

blanco aparato—, llame a su secretario, y dígale que convoque a todo el Gabinete del Gobierno para dentro de, media hora en los estudios de la Estación Central de Radio Maokambo, en Oka. No dé explicaciones: sólo ordene que todos estén allí, y que le esperen.

—¿En la radio? ¡No pienso ir allí…!

—Cada segundo que usted pierde, puede ser un segundo menos en la vida de sus hijos.

—Pero no sé si los encontraré… Tenían que salir muchos de ellos, esta madrugada, hacia Neka.

—Es mejor que los encuentre. Al menos, a algunos de ellos. Y también es mejor que usted arregle las cosas de modo que La Marcha Negra abandone Neka cuanto antes. Pero no hacia el Sur, hacia la frontera con Sabaa, sino hacia el Norte, de regreso a sus hogares, o al menos, hacia las tierras donde han estado viviendo sus miserables vidas, que intentaremos mejorar.

—¿Detener la Marcha? ¿Hacerlos volver sin haber cruzado la frontera? ¡No puedo hacer eso!

—Sí puede. Iremos a la radio, y desde ella emitirá un mensaje a todo el país, que será por supuesto captado en Neka; en ese mensaje, ordenará el regreso de todos los componentes de la Marcha, sin más complicaciones, y sin poner un solo pie en la frontera con Sabaa.

—¡No haré semejante cosa! ¡Aunque me mate!

—No sea estúpido. Dice eso, porque cree que no soy capaz de matarlo, con lo que comete el mismo error de muchos otros. Pero no quiero matarlo, Nadiro. No aún, al menos. Le necesito para que ordene que La Marcha Negra dé media vuelta. Y le diré por qué tengo la seguridad de que va a hacerlo… Hace un par de horas, mis hombres y yo tomamos esta casa muy pacíficamente, durmiendo con gas a todos los guardias y a usted, su esposa y sus hijos. Ya sabe dónde están los guardias, y es obvio que usted está aquí, pero… ¿no quiere saber dónde han sido llevados su mujer y sus hijos?

—¿Adónde?

—En estos momentos —Mabua Luna miró su relojito—, ya deben estar integrados en La Marcha Negra.

—¡Nooo…!

—Cada uno de sus hijos está acompañado por uno de mis hombres. Su esposa y las dos sirvientas también están vigiladas.

Han pasado a formar parte de los miles de personas que usted está enviando a la muerte porque son pobres, enfermos, delincuentes de baja estofa, gentes sin trabajo y sin hogar… La escoria del país, ¿no es así como los define usted? ¡Fuera con ellos, que nos maten a cuantos más mejor! Y, al mismo tiempo, tenemos el pretexto para guerrear contra Sabaa, y, ayudados por nuestro amigo, ese poderoso país, apoderarnos de la nación vecina, quedarnos con su agua, sus riquezas, todo. Luego, el gran Nadiro Ma será mucho más poderoso, dirigirá un país rico, que le permitirá enriquecerse personalmente, y otorgará a sus amigos unas bases en la costa. Pero para que esto siga adelante, seis cazas de las Fuerzas Armadas de Sabaa, pilotadas por los mercenarios que Haast dejó en Darville, tienen que arrojar bombas sobre la Marcha, y ametrallar a cientos de personas… Muy bien. Hay en esa marcha algunas personas que le interesan a usted: su esposa y sus hijos.

—No es verdad… —gimió Nadiro—. ¡No!

—Cuando dentro de unas horas, o de unos días, los cadáveres de la gran masacre que usted ha organizado puedan ser identificados, cambiará de opinión. Y puesto que usted no está dispuesto a colaborar, tengo que marcharme, para poner en marcha otra solución. ¡Adiós!

—Espere… —gritó Nadiro Ma—. ¡Espere!

Mabua Luna volvió a sentarse, y se quedó mirándolo, siempre fríamente. De pronto, Nadiro se abalanzó hacia el teléfono, y al conseguir comunicación comenzó a hablar rápidamente en su idioma, sin que Mabua tuviese nada que objetar. Cuando Nadiro colgó el auricular, ella, simplemente, comentó:

—Si mis hombres no reciben determinadas señales mías, comprenderán que he muerto. Y si yo muero, aunque La Marcha Negra se detuviese o regresase, usted iría recibiendo, una a una, las cabezas de sus hijos. Sólo las cabezas.

—Estoy jugando limpio… ¡Estoy jugando limpio!

—¡Cálmese! ¿Estarán los miembros de su Gabinete en la radio, dentro de media hora?

—¡Sí, sí!

—Entonces, no perdamos nosotros el tiempo, y vamos para allá. Iremos en su coche; por el camino le daré instrucciones concretas, y, cuando hable por la radio, no se apartará ni siquiera en una sola

palabra de mis órdenes. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Vístase. Y mientras tanto, dígame cuál es el país que está en tratos con usted para apoyarle.

—No lo sé. Eso lo sabe Haast.

—¿Cómo Haast? —entornó los ojos Mabua—. ¡Kino Bonoo me dijo que era usted quien lo sabía, pero no él, ni Haast!

—Pues, la engañó —aseguró Nadiro Ma, poniéndose los pantalones—. Yo daba órdenes a Van der Haast, pero dentro de mis atribuciones en el plan que él me presentó, diseñado por un servicio secreto que desconozco. Haast vino a verme para hacerme la oferta, yo la estudié y la acepté, finalmente, pero todo el plan de la Marcha no ha sido idea mía, sino de ese servicio secreto. Una vez al corriente del plan, me fue gustando cada vez más, y fui introduciendo algunas modificaciones que Haast iba aceptando tras consultarlas; también he tomado pequeñas decisiones, pero siempre dentro del plan general.

—Entonces, en efecto, Kino Bonoo no me dijo toda la verdad... Y eran él y Haast quienes estaban obedeciendo instrucciones de ese servicio secreto... ¿Nunca dijo Haast nada revelador, durante sus conversaciones? ¿No mencionó a los rusos, o a los chinos, o a los franceses, o a los americanos...?

—No. Haast no es demasiado listo, pero sí muy cauto.

—Nadiro: si me está engañando no tardaré en saberlo, y en ese caso, mi amenaza contra sus hijos seguirá en pie.

—No sé quiénes vendrían a apoyarme —dijo, con firmeza, Ma.

—Está bien... ¿Conque es Haast el único que puede darme una respuesta...? Está bien. No tengo tiempo ahora para ocuparme de él, pero lo haré muy pronto. ¿Ha terminado?

—Sí.

—Vamos a buscar el coche. Y hablando de coches: lo primero que necesitaremos serán veinte o treinta vehículos en los que se puedan instalar potentes altavoces para...

* * *

Van der Haast abrió los ojos, estuvo unos segundos así, como sumergido en un pozo de tinieblas, y finalmente movió el brazo

izquierdo, colocando ante sus ojos su reloj de esfera luminosa. Las cuatro y cuarenta minutos de la mañana.

Magnífico. Había puesto el despertador de viaje a las cuatro cuarenta y cinco, así que…

Y de pronto, comprendió por qué se había despertado: estaba oyendo voces muy fuertes, en alguna parte. Desconcertado, saltó de la cama, tras encender la luz. Se frotó la cara, como queriendo terminar de despertar. Y así estaba cuando se estremeció, al recordar a Handel y Meersch. ¿Por qué no habían llamado? ¿Quizá estaban, todavía, con Brigitte en la casa solitaria, disfrutando de ella antes de matarla?

—Los muy puercos… ¡Al menos deberían haberme avisado!

Miró hacia la salida del dormitorio. También por allí oía voces. Salió del dormitorio, cruzó la pequeña salita, y abrió la puerta que daba al pasillo del hotel. Allí, en pijama, varios de sus colegas conversaban excitadamente, apelotonándose para entrar en una de las habitaciones cuyas ventanas y terraza daban a la fachada principal.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Haast.

—Están pasando, por la avenida, varios coches con altavoces despertando a toda la ciudad, y pidiendo que todas las radios del país sean encendidas —aclaró el sueco Blonjom—. Parece ser que por toda la ciudad están circulando coches con altavoces.

Haast entró también en aquella habitación, y, como los demás, salió a la terraza. Debajo mismo, un coche oficial circulaba muy lentamente; en aquellos momentos, por el altavoz sonaba una voz en francés, suplicando que todo el mundo escuchase la radio. La petición fue repetida inmediatamente en inglés. Luego, en el idioma del país. De nuevo en francés…

Haast regresó a su habitación, cerró la puerta, y fue en busca de la pequeña radio a transistores. Cuando la puso en marcha, se oía música. Desconcertado, dejó la radio sobre la mesita de noche, y fue al cuarto de baño, donde se lavó y comenzó a afeitarse. Estaba a la mitad cuando cesó la música. Primero, el locutor habló en maokambo. Luego, en francés, pidiendo atención a todos, pues el presidente Nadiro Ma hablaría al país, exactamente dentro de cinco minutos. La advertencia se repitió en inglés, de nuevo en maokambo…

Van der Haast estaba lívido. ¿Nadiro Ma iba a dirigirse al país, a las cinco menos cuarto de la madrugada?

Acabó de afeitarse, encendió un cigarrillo, y fue a sentarse en el borde de la cama.

A la hora fijada, comenzó a hablar Nadiro Ma, pero en maokambo, de modo que Haast comenzó a perder la paciencia. Nadiro Ma estuvo tres minutos hablando en su idioma, y luego lo hizo en francés, de modo que Haast comenzó a enterarse de lo que sucedía:

«Querido pueblo de Maokambo, os está hablando Nadiro Ma, vuestro presidente. Me dirijo especialmente a todos los patriotas que en estos momentos, en las desérticas tierras del Sur, están despertando para dar culminación a nuestra Marcha. Una Marcha que ya no va a realizarse. Escuchadme bien, patriotas de la Marcha: no sigáis adelante, no sigáis hacia el Sur, no entréis en Sabaa, no lleguéis ni siquiera a acercaros a la frontera. Volved a vuestras casas, a vuestros pueblos y ciudades. Os lo pido con el corazón lleno de lágrimas. Lágrimas por tener que abandonar vuestro propósito, y lágrimas porque si no lo abandonamos, miles de vosotros seréis asesinados por la cobarde agresión de seis aviones de Sabaa que están en manos de unos mercenarios. Esos aviones…».

Haast estaba lívido como la propia muerte. No sabía si gritar o desmayarse de espanto. ¿Qué estaba haciendo aquel maldito? ¡Estaba destrozando todo el plan que tan cuidadosamente…!

En aquel momento, sonó el teléfono. Haast descolgó el auricular, todavía aturdido.

—¿Sí? —graznó.

—¡Haast! ¿Qué significa esto? ¿Qué está haciendo Nadiro Ma?

—No… no lo sé… Yo también estoy oyendo la radio, y… y no lo comprendo…

—¿No lo comprende? ¡Usted fue encargado de todos los contactos y convenios con ese hombre! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué, cuando todo estaba aceptado, está hablando de ese modo por la radio?

—¡No lo sé!

—¿Ha tenido algún choque con él? ¿Algún tropiezo, alguna, discusión, o alguna dificultad…? ¿Ha ocurrido algo que haya podido asustarlo, o hacerle cambiar de opinión? ¿Ha, ocurrido algo

que no estuviese en nuestros cálculos?

Haast pensó inmediatamente en Brigitte Montfort. Y en el modo tan hábil con que lo había seguido hasta la casa de descanso de Nadiro Ma. Y en el hecho de que Handel y Meersch, que debían haberla matado ya y comunicárselo a él inmediatamente, no hubiesen vuelto a dar señales de vida… Van der Haast pensó en esto en una fracción de segundo. Y acto seguido, en su cuerpo hubo como una explosión de sudor. Un denso sudor de angustia, fruto de sus pensamientos: si decía que había intervenido una mujer que le había seguido hasta la casa de Nadiro Ma, y que no sabía si ahora estaba viva o muerta, y que no sabía nada de Meersch y Handel…, si decía algo de esto, tan sólo si mencionaba a Brigitte Montfort, sería tanto como admitir que había cometido un descuido. Y si admitía que había cometido un descuido, ya podía dedicarse a comprarse el más confortable ataúd que hubiese en Oka, porque lo necesitaría muy pronto. Él era un mercenario espléndidamente pagado…, si triunfaba. Si fracasaba, si comprometía al servicio secreto que le había contratado, lo harían pedazos. Lo dejarían convertido en carne picada. Y muy pronto.

Todo esto, pasó por la mente de Haast en una décima de segundo. Así pues, cuando dio su respuesta, ni siquiera se le ocurrió que quien verdaderamente se beneficiaba con su respuesta era, precisamente, Brigitte Montfort:

—No ha ocurrido absolutamente nada, así que no entiendo lo que está tramando Nadiro Ma.

—Pues es evidente que en principio, nos está traicionando. De modo que ya sabe lo que tiene usted que hacer, Haast.

—Pero en estas circunstancias…

—¡Y hágalo «inmediatamente»!

La conversación fue cortada. Haast estuvo todavía como esperando recibir más instrucciones, pero la verdad era que no las necesitaba. Todo había sido previsto. Todo, menos el extraño comportamiento de Handel y Meersch. ¿Dónde estaban? ¿Por qué no avisaban de la muerte de Brigitte Montfort? Haast decidió cumplir, primero, la parte referente a Nadiro Ma, y luego, con el coche, iría a la casa en la que, esperaba, Brigitte Montfort hubiese sido asesinada, si bien seguramente violada, con anterioridad, por el par de bestias llamadas Handel y Meersch.

Haast se dio cuenta, de pronto, de que el presidente Nadiro Ma continuaba hablando por la radio, y se dedicó a escucharlo mientras del armario sacaba el fusil con mira telescópica, desmontado y bien camuflado en lo que para cualquiera era el estuche de una máquina de escribir.

«… seis cazas de Sabaa, pero no serán enviados por el Mando de las Fuerzas Aéreas de Sabaa, sino que han sido robados por un traidor llamado Kino Bonoo que…».

—¡Maldito puerco! —jadeó Haast.

«… se vendió a un mercenario que mediaba entre él y un servicio de espionaje ajeno a ambos países. Así pues, querido pueblo, regresad. Regresad todos. El Mando de las Fuerzas Aéreas de Sabaa ha sido advertido de esta circunstancia, y varias escuadrillas saldrán al encuentro de esos seis aviones, para derribarlos. Dejemos que sea Sabaa quien arregle este problema propio. Vosotros volved a vuestros hogares, no os acerquéis a la frontera. Se me ha prometido que nuestros queridos vecinos del Norte, Mombia, nos facilitarán agua por medio de grandes canales que nacerán en sus ríos de las altas montañas, y que una poderosa mediación cerca de Sabaa, inducirá a este país hermano a un muy cercano acuerdo que pondrá fin, para siempre, a nuestras rencillas. De un modo u otro, hemos conseguido lo que queríamos. Ahora, sólo falta que ninguno de vosotros sea herido. Por eso, os pido, una vez más, que emprendáis el regreso a…».

—Puerco asqueroso…

Haast había terminado de vestirse. Cerró la radio, se la guardó en un bolsillo, y cargado con el estuche de la máquina de escribir que contenía el potente y preciso riñe, salió de su habitación.

En el pasillo, varios periodistas corrían de un lado a otro, excitados.

—¡Haast! —llamó uno de ellos—. ¡Nos vamos todos, ahora mismo, a Neka!

—Yo también. Allí nos veremos.

Se metió en el montacargas, pero no pulsó el botón de la planta, sino el de la azotea habilitada para helipuerto. Cuando salió a la azotea, todavía habían estrellas en el cielo, pero éste comenzaba a aclararse hacia el Este con una lívida tonalidad amarillenta. Era muy poco probable que nadie sintiese interés por la azotea, en

aquel momento, así que Haast se dedicó, tranquila y serenamente, a montar el fusil, colocando el largo silenciador y la mira telescópica.

Terminado esto, se asomó hacia el lado de la avenida. Enfrente, estaba el edificio de la radio, unos treinta o cuarenta metros a la derecha, Había allí muchos coches, y gente cuyo rumor llegaba hasta Haast como un murmullo de viento lejano. También había soldados, y fuerzas de la policía.

Sintiendo el fresco aire matinal, penetrando a través de su ligera, ropa estival, Van der Haast empuñó con decisión el rifle, y apuntó hacia la salida principal de la radio, mirando por el pequeño visor telescópico, de gran potencia. Los rostros de algunas personas parecieron acercarse al alcance de su mano.

—Bien… ¡Bien!

Tan sólo tres minutos más tarde, hubo un gran revuelo ante la salida principal. Haast apretó los dientes, y concentró la mirada allí. Un minuto más tarde, apareció Nadiro Ma, rodeado de gente que gritaba y gesticulaba, abriéndole paso. Había ya un tono sonrosado en el cielo, una difusa claridad desconcertante, pero Haast consiguió localizar el hermoso rostro de Nadiro Ma en el centro del visor telescópico, sonriente, triunfador. ¡El muy cerdo sabía cómo sacar partido de las situaciones…!

Van der Haast apretó el gatillo.

Capítulo IX

Abajo, en la avenida de la Independencia, mezclada entre la multitud, la señorita Montfort estaba justo ante la salida de la radio, y fue de las primeras personas en lanzar la exclamación de espanto cuando, de pronto, la cabeza del recién aparecido Nadiro Ma estalló de un modo horrendo, como si fuese un melón; dentro del cual se hubiese colocado una desorbitada carga de dinamita.

Fue tan horrenda aquélla visión, que durante un instante, las personas que estaban cerca de Nadiro Ma y que resultaron salpicadas por sangre, esquirlas de huesos, y masa encefálica, sólo pudieron reaccionar lanzando la exclamación, y quedar, acto seguido, paralizadas.

Luego, por entre los gritos de la multitud, se oyó el otro grito:

—¡Han asesinado al presidente…!

De momento, nadie lo oyó, en los grupos de atrás. Pero los gritos en este sentido se fueron repitiendo, volaron como un viento lúgubre avenida arriba y abajo, y la gente comenzó a chillar, a correr sin rumbo determinado, presa de la histeria.

Brigitte Montfort, cuyos efectos del «Blackcolor» habían cesado poco después de despedirse de Nadiro Ma en la entrada a la ciudad, no fue presa de la histeria. Se quedó pegada a la fachada de la radio, mirando fijamente hacia la azotea del Kambo-Kambo Hotel. No había nadie, allí, pero la espía internacional permaneció con la mirada fija en aquel punto mientras esperaba que la masa de aterrados maokambos se disolviese lo suficiente. Entonces, echó a correr hacia el hotel, cruzando la avenida, por entre coches, camionetas y furgonetas con altavoces en el techo.

No hubo la menor sorpresa en el vestíbulo del hotel, cuando apareció la señorita Montfort. Simplemente, ella les había adelantado, ya estaba vestida y en la calle cuando los periodistas se disponían a partir hacia Neka…

—¡Han matado a Nadiro Ma! —exclamó Brigitte. Como una jauría, sus colegas se precipitaron hacia la puerta, mientras ella aprovechaba el momento, se metía en el ascensor, y pulsaba el botón del último piso.

El ascensor se detuvo en el último piso, pero Brigitte tuvo que subir todavía otro tramo de peldaños, a pie, hasta llegar a la azotea.

Haast no estaba en la azotea.

Convencida de esto en pocos segundos, Brigitte se lanzó escaleras abajo, desdeñando el ascensor, y llegó en pocos segundos ante la puerta de la habitación de Haast. Estaba cerrada. Al mismo tiempo que comprobaba esto, pensó que sería absurdo que Haast hubiese bajado a encerrarse en su habitación. No. Debía, estar intentando escapar… ¡Querría ir a la casa donde la había enviado para que la matasen, a enterarse, por fin, de lo que había ocurrido!

Brigitte bajó a toda velocidad al vestíbulo, y se precipitó a la conserjería.

—¡El señor Haast! —jadeó—. ¿Ha salido del hotel? El conserje negro, que tenía los, ojos casi fuera de las órbitas, asintió con la cabeza.

—Hace un par de minutos. Llevaba una máquina de escribir.

Brigitte llegó, siempre corriendo, cosa que no podía extrañar a nadie en tales circunstancias, al garaje. El coche de Haast no estaba allí. ¡Y ella no tenía coche, se lo había llevado Frankie! Se metió en el primer coche que vio, arrancó los hilos del contacto, y provocó éste uniéndolos. Cuando sé lanzó rampa arriba, sentía la garganta atenazada por la angustia. Con un rifle como el que había utilizado, Haast podía hacer una auténtica masacre en la casa donde Frankie esperaba, custodiando a los hijos y la esposa de Nadiro Ma.

Cuando apareció en la avenida, el jaleo de vehículos era espantoso.

Tardó casi cinco minutos en salir de aquel nudo de circulación, en el momento en que se oía la llegada de una ambulancia. ¡Una ambulancia! ¿Acaso pensaban recoger los pedazos de la cabeza de Nadiro Ma, y unirlos con goma?

«Bien muerto está… —pensó—. Un hombre como él, habría intentado algo parecido más pronto o más tarde. En cierto modo, Haast me ha realizado un servicio».

Pero… ¿qué pasaría, ahora? ¿Provocaría eso, al fin, la guerra

entre Sabaa y Maokambo?

«No… —reflexionó—. No, no. Los sabaanos han dado muestras de buena voluntad, al respecto. Lo que pensarán, tanto en Sabaa como en Maokambo, es precisamente que ha sido ese servicio secreto, o el mercenario contratado, quien ha asesinado a Nadiro Ma. Y esto, será una buena lección para Maokambo y Sabaa: los unirá más».

Todo era perfecto. Todo, excepto que Haast le llevaba, por lo menos, siete u ocho minutos de ventaja. Mientras ella subía en el ascensor, él debía haber bajado con el montacargas… ¿Cómo no se le había ocurrido?

—Tengo que alcanzarlo… ¡Tengo que impedir que dispare contra la casa, con ese rifle! Y tiene que decirme para quién está trabajando…

Con el coche lanzado a toda velocidad, Brigitte vio, un par de minutos más tarde, el helicóptero. Un helicóptero que no era el que pilotaba el capitán Kinoro, desde luego. No sólo era diferente, sino que Kinoro estaba en Sabaa, enviado por ella para poner al corriente de lo que sucedía a las autoridades sabaanas…, por supuesto, sin mencionar para nada a la señorita Brigitte Montfort, periodista americana.

El helicóptero desapareció en pocos segundos, en dirección Oeste, es decir, hacia la costa.

Y tan sólo un minuto más tarde, Baby divisó el coche de Haast, detenido a la derecha de la carretera, siguiendo la misma dirección que ella. Es decir, estaba orientado en aquella dirección, pero detenido. Brigitte frenó, reduciendo la velocidad, hasta detenerse, finalmente, a menos de cincuenta metros detrás del coche de Haast. Durante unos segundos, lo estuvo mirando. Luego, miró hacia el cielo, en la dirección donde había visto volar el helicóptero… Finalmente, reanudó la marcha, y poco después detenía el coche junto al de Haast, a la izquierda de éste.

Ni siquiera se apeó del coche.

Se quedó mirando a Haast, que estaba sentado ante el volante, con la cabeza echada hacia el respaldo, como descabezando un sueñecito. Pero era mucho más que un sueñecito: desde donde estaba, la divina espía pudo ver, perfectamente, el pequeño y oscuro orificio en el centro de la frente de Van der Haast.

—Nunca sabré quiénes sois… —murmuró—. Y quizá sea mejor así.

Ya más tranquila respecto a la suerte que pudiesen correr Frank Minello y los hijos de Nadiro Ma, continuó el corto viaje hacia la casita. Antes de llegar se inyectó una nueva dosis de «Brackcolor», y volvió a colocarse los pequeños artefactos dentro de la boca y de la nariz, consiguiendo deformar convincentemente su rostro, ensanchando su nariz, abultando más la boca…

Tres minutos más tarde, después de haber llamado por la radio a Minello, detenía el coche cerca de la casa. Sonrió cuando vio aparecer, no a Frank Minello, sirio a Dito Naro, el negro.

—¿Sí, Frankie? —preguntó Mabua Luna.

—Digo yo que podías haberme avisado antes por la radio respecto al acercamiento de Haast a la casa.

—Sabía que estabas despierto y que lo verías llegar, y mi llamada no solucionaba nada: sólo habría ocasionado la alarma en las mujeres. ¿Están bien los hijos de Ma, su esposa y las dos sirvientas, Frankie?

—Están bien. Y no soy Frankie Minello miró su negro rostro en el retrovisor, y se sacó a sí mismo la lengua: Soy Dito Naro, el negrito más rebonito que conozco yo, tachín, tachín… Bueno: ¿qué vamos a hacer ahora?

—Vamos a escribir los mejores artículos del mundo sobre La Marcha Negra amigo Dito Naro. Lo hicimos a la ida, y lo haremos a la vuelta. Prepara tus máquinas fotográficas: ¡vamos a integrarnos en el regreso de La Marcha Negra!

—¡Oh, no! —gimió Dito Naro.

Este es el final

El taxista había descargado las maletas ante las verjas abiertas de la villa, feliz por no tener que cargar con ellas hasta la casa. Cuando se alejó, Frank Minello miró a Brigitte, indeciso.

—A mí me parece qué mi presencia le hará la misma gracia que la presencia de un grano en el cogote.

Brigitte se limitó a sonreír, y señaló hacia el interior de la hermosa villa llena de árboles y flores. El silencio era tan extraordinario, que Minello quedó pasmado cuando oyó el canto de unos pajaritos, y, lejano, el zureo de unas palomas.

Lo vieron pocos segundos después, con una azada en las manos, cavando la tierra, de espaldas a ellos. Minello volvió a vacilar.

—Menuda sorpresa se va a llevar —masculló.

—Ya nos ha visto —dijo Brigitte.

—¿Cómo que nos ha visto? ¡Está de espaldas!

—Él sabe que estamos aquí, Frankie. Ven.

Lo tomó del brazo, casi arrastrándolo hacia donde Angelo Tomasini, alias Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos, estaba cavando el hoyo en la tierra. De pronto, Número Uno se volvió, y se quedó mirándolos, sin sorpresa alguna en sus negros ojos.

—¡Ay, mi madre…! —gimió Minello.

Se quedó mirando a Uno, que llevaba unos viejos pantalones de denim y una camisa negra, manchada de tierra. En los antebrazos del espía, los músculos parecían finos cables de acero, como en el cuello, en las hermosas manos de largos dedos. El amo y señor de Villa Tartaruga contemplaba, impávido, a las dos personas que se acercaban a él. No acudió a su encuentro, no dijo nada. Simplemente, los miraba.

Se detuvieron a pocos pasos de él, Brigitte se acercó más, le echó los brazos al cuello, y lo besó en los labios.

—¡Hola, mi amor! —susurró.

Número Uno recorrió con la mirada el dulce rostro que se le ofrecía; con las manos llenas de tierra, lo tomó por las mejillas y entonces fue él quien besó los sonrosados labios. Luego, algo parecido a una sonrisa apareció en sus ojos cuando se fijaron en Frank Minello.

—¡Hola, Frankie!

—¡Ho… hola…!, ¿qué tal, Uno?

—Muy bien, gracias —destellaron, irónicamente, los ojos del espía—. Han escrito ustedes muy buenos artículos sobre La Marcha Negra. He leído los primeros, y estoy esperando ver cómo termina la historia.

—Bu… bueno, en realidad, quien ha escrito ha sido Brigitte. Yo sólo tomé las fotografías.

—No lo indica así la firma de los tres artículos que he leído: «Vivencias de La Marcha Negra», por Brigitte B. Montfort y Frank Minello.

—¿Qué? —Se pasmó Frankie—. ¡Usted está equivocado!

Número Uno parpadeó, miró a Brigitte, y ésta no tuvo que hacerle seña alguna para que él comprendiese que Minello aún no sabía que había sido lanzado, definitivamente, a la fama periodística.

—Le ganamos una apuesta a Miky Grogan —dijo Brigitte—, así que tenemos, Frankie y yo, una semana de vacaciones. Le pregunté a Frankie adonde quería ir, y me dijo que quería conocer este lugar.

—Sólo estaré un par de días —murmuró Minello—. Luego, me iré a París, y Brigitte se quedará aquí. Pero si molesto… ¿Qué estoy oyendo? ¡Alguien está cantando en italiano…!

—Es Mamma María, Frankie —sonrió Brigitte—, naturalmente.

—¡Es verdad! ¡Tengo ganas de conocerla…! ¡Voy ahora mismo a la cocina, y charlaremos como dos loros ancianos subidos en la copa de un árbol! ¡Y cantaremos O solé mió…! ¡Y la ayudaré a cocinar, y…! Bueno —se atragantó—: quiero la verdad, quiero saber si molesto o no, porque si molesto…

—¿Qué? —se interesó Uno.

—Si molesto…, ¡me quedo igualmente, y usted se joroba! ¡Pues estaría bueno! ¡Puede que esta casa sea de usted, pero Brigitte es mi amiga, y si ella está aquí, yo también puedo estar todo el tiempo

que me dé la gana! ¿Pasa algo?

Número Uno le miraba casi sonriente, ¡aleluya! Luego, miró de nuevo el rostro de Brigitte Montfort, sus grandiosos ojos azules, su boca sonrosada, que volvió a besar suavemente, antes de volver a mirar a Minello.

—No, Frankie, no pasa nada: mi casa es suya… todo el tiempo que quiera.

—Sólo un par de días —murmuró Minello—: no soporto ver a dos tontos mirándose a los ojos. ¡Zambomba, estoy en Villa Tartaruga!, ¿qué te parece, cielito…?

FIN